

## Resumen

El uso como respuesta a la pregunta ¿Qué son los conceptos? Es un rechazo a la idea tradicional de que más allá del lenguaje hay ciertas entidades empíricas, ontológicas o psicológicas que lo determinan. Es decir, que éste se encuentra sustentado en una mitología del simbolismo que reposa en imágenes pre-teóricas del lenguaje humano, acentuando su significado en entidades extralingüísticas que operan como criterio definitorio de las palabras.

El uso como respuesta coloca el énfasis del lenguaje en actividades naturales humanas que nos adiestran en el uso de las palabras, y en las que éstas son usadas. Pues lo que da vida a las palabras como partes de un sistema de lenguaje son reglas gramaticales, las cuales no se encuentran definidas a priori por entidades extralingüísticas y, en consecuencia, no nos hablan sólo de un simple uso, sino también de posibilidades de uso y actividades humanas con las que el lenguaje humano se encuentra entretelado. Con ello se elimina el intento de adherir el lenguaje a una mitología del simbolismo, pues lo que subyace en el fondo de las palabras son reglas gramaticales asociadas a prácticas humanas que sustentan la acción del lenguaje.

**Palabras clave:** juegos de lenguaje, gramática, uso, mitología del simbolismo, prácticas humanas, imagen agustiniana, autonomía del lenguaje, significado.

WITTGENSTEIN Y LA CRÍTICA AL ABORDAJE DE LOS CONCEPTOS EN  
FREGE Y EN LA TRADICIÓN FILOSÓFICA

Snaider Caro Castellar

Trabajo de grado presentado como requisito para optar al título de Filósofo

Asesor

KENNETH MORENO MAY

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

PROGRAMA DE FILOSOFÍA

2014

WITTGENSTEIN Y LA CRÍTICA AL ABORDAJE DE LOS CONCEPTOS EN  
FREGE Y EN LA TRADICIÓN FILOSÓFICA

SNAIDER CARO CASTELLAR

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA  
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS  
PROGRAMA DE FILOSOFÍA

2014

Nota de aceptación

---

---

---

---

---

Jurado

Cartagena de Indias, Abril de 2014

## Tabla de contenido

Introducción.....	1
Pensamiento, lógica y significado en Frege.....	4
El abordaje metodológico de los conceptos en Wittgenstein.....	19
Los juegos de lenguaje.....	43
Autonomía de la gramática.....	67
Conclusión.....	101
Bibliografía.....	105

## **Introducción.**

El presente trabajo de grado tiene como propósito abordar, en un primer momento, la crítica de Wittgenstein a la idea de que más allá del lenguaje humano existen ciertas entidades o procesos empíricos, ontológicos o psicológicos que, en virtud de su influencia o actuar, hacen que el lenguaje adquiera un significado o sentido. Esta idea es generada en parte por una creencia filosófica cercana al mito, lo que Wittgenstein llama una “mitología del simbolismo” (1992, pág. 99). Pareciendo con ello, como si en el fondo de los conceptos se hallaran ciertas entidades o procesos psicológicos que los determinaran.

Para ello haré primero una presentación de la teoría del significado de Frege, para mostrar de qué manera Frege cae en un ontologismo, e incluso en un psicologismo, a la hora de explicar el significado de las palabras.

Seguido de esto, presentaré la crítica de Wittgenstein a este enfoque a través de su abordaje metodológico de los conceptos, en el que coloca el énfasis del significado en la gramática. Es decir, en su uso y en las actividades en las que éste es usado, eliminado con ello cualquier intento de adherir el lenguaje a una mitología del simbolismo. Es decir, a entidades empíricas, ontológicas o psicológicas.

En un segundo momento, me ocuparé de presentar la crítica a la imagen agustiniana desde la noción de los juegos de lenguaje. Con el propósito de mostrar que no podemos delimitar en términos de Wittgenstein el uso de las palabras a reglas de definición y utilización estrictas, puesto que las palabras de nuestro lenguaje son como herramientas que cumplen diversas e innumerables funciones y usos entrelazados con innumerables actividades humanas, a través de las cuales pueden surgir nuevas palabras, usos y modos de usos.

El que las palabras del lenguaje sean comparadas con juegos, nos permite rechazar cualquier intento de buscar propiedades esenciales en éstas que nos permitan clasificarlas según criterios fijos, pues lo que hay son parentescos y parecidos que se superponen y entrecruzan entre sí, formando una familia de conceptos y de juegos: esto es lo que Wittgenstein llama parecido de familia.

Por último, me ocuparé de analizar un concepto base de la filosofía de Wittgenstein y sobre el cual éste elabora su enfoque metodológico del lenguaje, que es el concepto de gramática. Para luego mostrar los distintos argumentos que propone Wittgenstein para rechazar cualquier intento de justificación pragmática, factualista y semántica de las reglas gramaticales, mostrando así el carácter autónomo o arbitrario de éstas. El análisis del concepto de gramática es importante en la medida que nos permite comprender mejor el enfoque de Wittgenstein en lo que respecta a la comprensión del lenguaje humano. Pues dicho análisis nos permite ver que

las palabras del lenguaje no se encuentran determinadas por entidades o propiedades extralingüísticas como lo presupone la concepción tradicional del lenguaje.

Lo que hay en el fondo de las palabras son reglas gramaticales, las cuales no responden ni se encuentran determinadas por ningún tipo de entidad empírica, ontológica o psicológica que esté más allá del lenguaje humano, siendo éstas completamente autónomas y arbitrarias. En otras palabras, las reglas gramaticales se encuentran más bien asociadas a usos, modos de usos y a las actividades humanas en las que el lenguaje es usado. De este modo, el análisis del concepto de gramática y la imposibilidad de su justificación ya sea pragmática, factualista o semántica nos permitirá desprendernos de cualquier intento de adherir el lenguaje y sus reglas a una mitología del simbolismo (a la idea de que más allá de lenguaje existen entidades extralingüísticas que lo determinan) que le imponga una única estructura, colocando de esta manera el énfasis del lenguaje en acciones naturales humanas, y destrezas y habilidades ganadas por adiestramiento.



## **Pensamiento, lógica y significado en Frege.**

En este capítulo me ocuparé de hacer una presentación de la teoría del significado de Frege, pero para ello realizaré primero un pequeño análisis de lo que entiende Frege por pensamiento y lógica, puesto que ambos conceptos constituyen tal y como se verá más adelante elementos fundamentales que sustentan y hacen posible la teoría Fregeana del significado.

En su texto *“el pensamiento: una investigación lógica”* (1996, pág. 34 a la 38) Frege hace una distinción entre tres reinos: el reino de los objetos o cosas perceptibles por los sentidos, el reino del mundo interior, compuesto por las impresiones sensoriales y demás procesos mentales que se dan en nosotros, y el reino al que pertenecen aquellas cosas que coinciden con los pensamientos y las representaciones en tanto no pueden ser perceptibles, pero que no son ideas o representaciones, y que no siendo un objeto perteneciente al mundo de lo empírico, coinciden también con los objetos de este mundo en la medida que no necesita portador a cuyos contenidos de conciencia pertenezca. A este reino Frege lo llama lo objetivo no real.

Este reino es el reino de lo que Frege entiende por el pensamiento. Pues el pensamiento no es algo perceptible, debido a que todas las cosas que son capaces de ser percibidas por los sentidos se excluyen de la región de cosas respecto de las cuales la verdad puede entrar en consideración, en

tanto la verdad se predica esencialmente de los pensamientos no de los objetos físicos.

El pensamiento tampoco pertenece al segundo reino, debido a que para Frege (El pensamiento: Una investigación lógica, 1996, pág. 37) la verdad no es una propiedad que responda a un género especial de impresiones sensoriales. De este modo, se distingue de aquellas propiedades que denominamos con las palabras “rojo”, “amargo” etc., y que son aplicables solamente a la región de la conciencia, y que no indican una propiedad de las cosas, sino que caracteriza alguna impresión sensorial.

El pensamiento es, según Frege (El pensamiento: Una investigación lógica, 1996, pág. 45), una entidad que no necesita de portador alguno, pero que puede ser captado por medio del poder de pensar. Sin embargo, Frege deja en claro, que al pensar no producimos los pensamientos, sino que los captamos. De aquí, que la captación del pensamiento presupone alguien que capta, que piensa, pero que no es el portador de un pensamiento. Pues el pensamiento no es de acuerdo con Frege algo mental, algo que pertenezca a la representación de la conciencia, ni mucho menos al mundo de los objetos perceptibles, sino que más bien el pensamiento es una verdad que existe con independencia del sujeto que lo capta:

*“No somos portadores de los pensamientos como lo somos de nuestras representaciones. No tenemos un pensamiento de la misma manera como tenemos una impresión sensible; pero tampoco vemos un pensamiento, como si vemos una*

*estrella. Por eso aquí sería aconsejable elegir una expresión especial, y para ello se nos ofrece la palabra “captar”... ¿Cómo actúa un pensamiento? Siendo captado y tenido por verdadero.” (Frege, El pensamiento: Una investigación lógica, 1996, págs. 44-47)*

De esta manera, en términos de Frege (El pensamiento: Una investigación lógica, 1996, pág. 45), aunque el pensamiento no pertenezca al contenido de conciencia de la persona que piensa, debe haber algo en la conciencia que debe apuntar al pensamiento, pero que no debe ser confundido con el pensamiento mismo. Ya que éste es y existe con independencia de quien piensa. Así pues, afirma Frege:

*“el pensamiento que expresamos en el teorema de Pitágoras es atemporalmente verdadero, verdadero independientemente de que alguien lo tome por verdadero. No necesita portador. No es verdadero solamente desde que fue descubierto; al igual que un planeta, ya antes de que alguien lo hubiese visto estaba en interacción con otros planetas.” (Frege, El pensamiento: Una investigación lógica, 1996, pág. 37)*

Ahora bien, según Frege, los pensamientos pueden ser verdaderos o falsos. De aquí que verdad y falsedad se predicen esencialmente de los pensamientos, de manera que el reino del sentido o de lo objetivo no real al cual pertenecen los pensamientos, entendiendo por éstos como algo para lo cual la verdad puede entrar en consideración, es también el reino de la lógica.

Frege no caracteriza a la lógica como ciencia de las leyes del pensamiento, en tanto tal caracterización es inadecuada (El pensamiento: Una investigación lógica, 1996, págs. 23-24). En la medida que para él, la expresión “leyes del pensamiento” tiende a ser interpretado análogamente con la expresión “leyes de la naturaleza”, y en ese caso, harían referencia a hechos o acontecimiento mentales internos. De modo, que una ley del pensamiento, afirma Frege, sería en este sentido una ley psicológica.

Así pues, confundiríamos la verdadera tarea de la lógica, creyendo que ésta trata o se ocupa del proceso mental del pensamiento y de las leyes psicológicas de acuerdo con las cuales éste tiene lugar. Es decir, para Frege asociar la lógica con leyes del pensamiento, es no comprender la labor de la lógica, puesto que la verdad no detentaría en esta definición el lugar que le corresponde. La labor de la lógica es según Frege el decretar las leyes del ser verdad. De esta manera, afirma Frege:

*“Así como la palabra «bello» señala la dirección de la estética y «bueno» la de la ética, del mismo modo «verdadero» señala la de la lógica”. (Frege, El pensamiento: Una investigación lógica, 1996, pág. 23)*

Para Frege, en las leyes del ser verdad se despliega el significado de la palabra verdadero. No debe entenderse la palabra verdadero en este contexto como correspondencia. Por la sencilla razón de que para Frege, la verdad entendida como correspondencia con un estado de cosas existentes en el mundo empírico y una proposición, debe ser superada. Debido a que la

verdad no es para Frege, una palabra relacional ni contiene indicación alguna de nada más con lo que algo haya de estar en correspondencia:

*“Según esto, puede suponerse que la verdad consiste en la correspondencia entre una imagen y aquello de lo que es imagen. Una correspondencia es una relación. Pero ello contradice el uso de la palabra “verdadero” que no es una palabra de relación y no contiene indicación alguna con la cual algo haya de corresponder. Si no se que una imagen se propone representar la catedral de Colonia, tampoco sé con qué debo comparar la imagen para decidir acerca de su verdad. Además, una correspondencia sólo puede ser perfecta cuando los objetos correspondientes coinciden; es decir, cuando no son cosas diferentes.” (Frege, El pensamiento: Una investigación lógica, 1996, pág. 25)*

Es decir, lo verdadero no pone en relación a las proposiciones con los estados de cosas fácticas. Más aun, una definición de verdad como correspondencia inaugura como afirma Frege, un regreso al infinito:

*“Pues en una definición han de especificarse determinadas características. Y al aplicarlas a un caso particular siempre surgiría la cuestión de si era verdad que esas características son las que tienen que ser. De este modo nos moveríamos en un círculo” (Frege, El pensamiento: Una investigación lógica, 1996, pág. 26)*

De esta manera, lo verdadero debe entenderse más bien como un tipo de pensamiento, que se expresa en un enunciado (Frege, El pensamiento: Una investigación lógica, 1996, pág. 27). De aquí, que al afirmar Frege que

de las leyes del ser verdad se despliega el significado de la palabra verdadero, se refiere a que las leyes del ser verdad son las leyes de la inferencia válida.

De este modo, Frege (El pensamiento: Una investigación lógica, 1996, págs. 28-29) mantiene la posición de que las premisas de un argumento válido tienen que ser enunciados verdaderos, enunciados que son el término de un proceso que comienza con la captación de un pensamiento y que termina con una aserción. Así pues, lo que un tanto abusivamente se llama la verdad de figuras y representaciones se reduce según Frege a la verdad de oraciones. En este sentido, afirma Frege (El pensamiento: Una investigación lógica, 1996, pág. 26), que cuando llamamos a una oración verdadera nos referimos realmente a su sentido, a aquello respecto a lo cual la verdad puede entrar en consideración.

Es decir, a su pensamiento y no a la correspondencia de ese sentido con algo distinto. Toda oración expresa un sentido y este es el pensamiento. De acuerdo con Frege, en la verdad de oraciones, ocurre algo distinto a lo que ocurre con la verdad como correspondencia, y es que no podemos encontrar un hecho o estados de cosas que el pensamiento figure para compararlo con él y decidir si el pensamiento es verdadero o falso.

Ahora bien, no se puede hacer, porque un hecho es justamente un pensamiento que es verdadero. Es decir, según Frege los hechos no pertenecen al reino de la referencia, sino al del sentido, puesto que se

identifican con los pensamientos verdaderos. En este sentido, sostiene Frege: “¿Qué es un hecho? Un hecho es un pensamiento que es verdadero” (El pensamiento: Una investigación lógica, 1996, pág. 44)

De esta manera, si el pensamiento expresado por la oración “Colón descubrió las Américas” es verdadero, entonces es un hecho que Colón descubrió las Américas y no hay dos cosas distintas que sirvan de términos de la comparación. Esto es, no necesitamos comparar el sentido de la oración con algo distinto con miras a saber si hay o no correspondencia, lo que necesitamos es reconocer como verdadero el pensamiento expresado por la oración.

Esta noción de pensamiento es de suma importancia en la teoría del significado propuesta por Frege, en tanto permite distinguir en una oración el sentido de la referencia.

De acuerdo a la teoría del significado de Frege (Frege, Escritos lógico-semánticos, 1974, pág. 32), los nombres propios o expresiones nominales son expresiones lingüísticas que designan un objeto determinado. Según Frege, a un signo o a un nombre propio va unido además de lo designado, que podría llamarse la referencia del signo, el sentido del signo, en el cual se halla contenido el modo de darse su referente. En otras palabras, un enunciado tiene como referencia su valor veritativo y como sentido el pensamiento por él expresado. Así pues, sostiene Frege:

*“Un tal enunciado contiene como sentido un pensamiento- o, por lo menos, pretende contener alguno-; y este pensamiento es, en general, verdadero o falso; esto es, tiene, en general, un valor veritativo que puede concebirse a sí mismo como referencia del enunciado, así como el número 4 es la referencia de la expresión “2+2”, o como Londres es la referencia de la expresión “la capital de Inglaterra”. (Frege, Estudios sobre semántica, 1973, pág. 33)*

De esta manera, podemos ver que para Frege los valores veritativos son objetos, y los enunciados son nombres de los objetos a los que se refieren. Así, todos los enunciados verdaderos son nombres de lo verdadero y todos los enunciados falsos son nombres de lo falso. Esta distinción entre sentido y referencia la podemos encontrar de acuerdo con Frege en el siguiente enunciado:

« La capital del imperio alemán »

De acuerdo con Frege (Frege, Escritos lógico-semánticos, 1974, pág. 21), ésta oración representa evidentemente un sentido y se refiere a un objeto. Para Frege si la descomponemos en dos partes, obtenemos que la expresión “la capital del” es no-saturada, precisa de complemento. Lleva consigo un lugar vacío. Sólo tiene un sentido completo cuando se llena ese lugar por medio de un nombre o de una expresión lingüística que represente un nombre propio. A esta parte de la oración, Frege la llama expresión functorial, ya que designa una función. Mientras que la expresión “imperio



alemán” está completa en sí misma. Expresa un nombre propio. Es una expresión nominal.

Ahora bien, Frege afirma (Frege, Escritos lógico-semánticos, 1974, pág. 21) con respecto a la oración «la capital del imperio alemán», que si tomamos como argumento suyo la expresión “imperio alemán” obtendremos como valor de la función, Berlín. De esta manera, el sentido de la oración vendría siendo la expresión “imperio alemán” y su referencia “Berlín”.

Con respecto a la distinción y conexión entre sentido y referencia, Frege reconoce o admite dos cosas:

Primero, que es verdad que en un conjunto perfecto de signos, a cada expresión debería corresponderle un sentido determinado, y por consiguiente, una referencia. Pero esta conexión entre sentido y referencia como requisito para toda oración no se cumple a menudo en las lenguas naturales y hay que darse por satisfecho. Es decir, hay expresiones lingüísticas que expresan un sentido, pero que no contienen en relación al pensamiento que transmiten una referencia, como en el caso de la poesía y otras expresiones. De este modo, afirma Frege:

*“Las palabras “el cuerpo celeste más alejado de la tierra” tienen un sentido; pero que tengan también una referencia, es muy dudoso. La expresión “la serie menos convergente” tiene un sentido; pero se demuestra que no tiene referencia, puesto que para cada serie convergente puede encontrarse otra menos convergente, pero que, no obstante, es*

*convergente. Así pues, por el hecho que se conciba un sentido, no se tiene con seguridad una referencia.” (Frege, Estudios sobre semántica, 1973, págs. 54-55)*

Segundo, que cuando se usan las palabras de la manera habitual, aquello de lo que se quiere hablar es su referencia. Pero puede ocurrir también que se quiera hablar de las palabras mismas o de su sentido. Es decir, hay ciertos contextos en los que las palabras no tienen su referencia usual, sino que se refieren a lo que habitualmente es su sentido. Esto es lo que Frege llama la referencia indirecta (Frege, Escritos lógico-semánticos, 1974, pág. 33).

Así, si tomamos como ejemplo la oración “Santiago cree que los próximos días serán más calurosos”, obtenemos que la expresión “los próximos días serán más calurosos” es habitualmente el valor veritativo de la oración. Sin embargo, debido al contexto en el que se encuentra, su referencia es su sentido usual, el pensamiento que trasmite. No nos importa si la expresión “los próximos días serán más calurosos” es verdadera o no, sino, si el pensamiento que se trasmite es creído por Santiago.

En este sentido, la referencia indirecta de una palabra, es su sentido usual. Frege afirma que esta referencia indirecta la podemos encontrar también en las citas de estilo directo:

*“Lo primero sucede, por ejemplo, cuando se citan las palabras de otro en estilo directo. Las palabras propias se refieren entonces en primer lugar a las palabras del otro, y*

*tan solo estas últimas tienen la referencia corriente.” (Frege, Estudios sobre semántica, 1973, pág. 55)*

Ahora bien, según la teoría del significado de Frege, determinamos si el valor veritativo de un nombre o una expresión lingüística es verdadero o falso, esto es, aplicamos las leyes de la lógica a las expresiones lingüísticas en tanto las delimitamos claramente. Es decir, exigimos que cada nombre propio tenga por valor un valor veritativo, y que ese valor veritativo quede determinado como verdadero o falso según que caiga o no bajo ese nombre propio. De esta manera, una función debe tener un valor para cada uno de los valores veritativos tomado como argumento. Así pues, afirma Frege:

*“Como función semejante, introduzco —  $x$ ,*

*Estipulando que el valor de esta función debe ser lo verdadero cuando se tome como argumento lo verdadero, mientras en todos los demás casos el valor de esta función será falso; o sea, pues, lo mismo cuando el argumento es lo falso, como cuando no es ningún valor veritativo. Según esto, es, por ejemplo,*

*—  $1+3=4$*

*Lo verdadero, mientras que tanto*

*—  $1+3=5$*

*Como*

*—  $4$*

*Son lo falso. El valor de ésta función es, pues, el mismo argumento, cuando éste es un valor veritativo.” (Frege, Estudios sobre semántica, 1973, pág. 37)*

De acuerdo con la teoría del significado de Frege, comprender el significado de un nombre propio o de una expresión nominal, es captar a partir de la actividad de pensar el pensamiento que en ella se transmite. Sólo cuando tengo un conocimiento completo de su sentido, y por consiguiente, del valor veritativo contenido en el sentido del signo, es que podemos decir que se comprende una oración. De esta manera, entre el signo y su comprensión, está el pensamiento por él expresado. Es la actividad psicológica de pensar lo que permite captar el pensamiento y por tanto comprender el signo.

En este sentido, podemos ver que la teoría del significado de Frege nos lleva o nos conduce a la idea de que toda comprensión de una expresión lingüística viene acompañada de una actividad mental (la actividad del pensar) a través de la cual captamos el pensamiento de la expresión o del signo, es decir, su sentido.

Así pues, tal y como afirma Michael Dummett (Frege y Wittgenstein, 1981, pág. 28) aun cuando Frege intenta salvaguardar el carácter no psicológico del sentido de la oración, asociando el principio base de su teoría del significado (la idea del sentido del signo como algo independiente de estados mentales), a la objetividad del sentido mismo, y a su vez afirmando que el sentido de una oración es algo que existe atemporalmente y con

independencia de si hay algún medio disponible para expresarlo y que no depende de ningún proceso psicológico alguno, el argumento de éste (Frege) termina cayendo en una especie de psicologismo.

Pues como señala Dummett (Frege y Wittgenstein, 1981, pág. 28), aun admitiendo que el sentido no depende de la mente, dominar un sentido, o comprender una palabra o una expresión en tanto que transmite un sentido, es sin duda un acto mental, algo que pertenece al ámbito de la psicología. En otras palabras, aun cuando Frege señala que el pensamiento no pertenece al contenido de la conciencia de la persona que piensa, y que en consecuencia, al pensar no producimos los pensamientos, éste debe ser captado por medio del pensar, el cual hace parte del reino de lo subjetivo, de modo que la captación del pensamiento termina necesitando del pensar. Dummett nos muestra cómo Frege luchó con la consideración del significado como algo independiente de lo subjetivo, sin poder deshacerse de lo subjetivo:

*“Esta tesis, netamente no wittgensteiniana, la apoyó en varios argumentos deficientes, tales como que, con anterioridad a que hubiera hombres, ya era verdad que la tierra giraba en torno al sol, y que habría sido verdad también si nunca hubiera habido hombre alguno; y ciertamente lo que es verdad es un pensamiento, un pensamiento es el sentido de una oración. Pero esto no salva a Frege en caer en la dificultades sobre la cuestión; aun admitiendo que el sentido no dependa de la mente, con todo, dominar un sentido, o comprender una palabra o una*

*expresión en tanto que trasmite un sentido, es sin duda un acto mental, algo que pertenece al ámbito de la psicología.”*  
(Dummett, 1981, pág. 28)

De esta forma, vemos que aun cuando Frege intenta escapar al psicologismo asociando el pensamiento con lo objetivo no real, distinguiéndolo así de aquellas cosas o propiedades que hacen parte del reino de lo objetivo y de lo subjetivo, termina asociando la captación del sentido de la oración al plano de lo mental, pues el sentido o pensamiento expresado por una expresión lingüística sólo es posible captarlo a través de la actividad del pensar, y dicha actividad implica un acto mental, psicológico.

Es precisamente esta concepción de asociar o hacer depender el sentido del lenguaje humano con algo extralingüístico ya sea psicológico, empírico u ontológico, con la que Wittgenstein luchó a lo largo de su pensar filosófico. Pues ésta concepción adhiere a las palabras a una mitología del simbolismo, en el caso del modelo de Frege, las restringe a estados mentales, cognitivos e interpretativos, y en consecuencia plantea la idea de que sólo a través del análisis y estudio de dichos estados es posible comprender el significado de un signo o una oración, dando lugar con ello a lo que Wittgenstein denomina el modelo psicológico de la comprensión.

La oposición de Wittgenstein a esta concepción del significado se pone de relieve cuando en los *“Cuadernos azul y marrón”* (Wittgenstein, Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 31) afirma que si tuviéramos que dar un nombre a algo que es la vida del signo, habríamos que decir que es su uso y

no propiedades diferentes de los meros signos, tales como los llamados procesos mentales. Inclusive en las *“Investigaciones filosóficas”* Wittgenstein afirma:

*“¡No pienses ni una sola vez en la comprensión como ‘proceso mental!’- pues ésta es la manera de hablar que te confunde... la comprensión no es un proceso mental.”*  
*(Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988. aforismo 154)*

Pues para Wittgenstein el significado de una palabra tal y como veremos en el capítulo siguiente reside en su uso, en el lugar que éste ocupa en la gramática del lenguaje. La gramática es lo que da vida a las palabras como partes constitutivas de un sistema de lenguaje, es ésta el fenómeno originario de las palabras y no procesos psíquicos e internos como pretende Frege en su teoría del significado.

Así pues, el significado de una palabra está conectado con la manera como el usuario usa la palabra en una determinada actividad humana inserta en una forma de vida, pues el uso de la palabra nos habla de su significado y del lugar que ocupa ésta en la lógica del lenguaje. Por lo tanto, asociar el significado con procesos mentales o cualquier entidad extralingüística, como veremos a continuación, no es más que el producto de la falsa comprensión del lenguaje humano.

## **El abordaje metodológico de los conceptos en Wittgenstein.**

Es ya habitual en filosofía sostener que no vemos la realidad desnuda, sino a través de nuestras categorías y conceptos, es decir, nosotros los seres humanos no percibimos y comprendemos el mundo en términos de datos sensibles desnudos, sino que percibimos, pensamos y ordenamos el mundo conceptualmente.

Sin embargo, la existencia de la conceptualización que hacemos del mundo causa cierta perplejidad, dando lugar con ello a preguntas del tipo ¿cómo es posible que haya conceptos? ¿Cómo es posible que seamos capaces de ordenar, clasificar y categorizar conceptualmente la información que recibimos de ese mundo natural al que pertenecemos como seres humanos? ¿Qué relación existe entre los conceptos y el mundo externo?

La pregunta fundamental con la cual la filosofía intenta enfrentarse a estas dificultades sería una pregunta de carácter puramente ontológico del tipo ¿Qué son los conceptos? Las respuestas tradicionales responden a la pregunta señalando un proceso u objeto de ciertas características, sosteniendo que los conceptos son por ejemplo modos de representación psicológico-cognitivos, procesos mentales o neurológicos que constituyen al pensamiento, o entidades ideales independientes del sujeto cognoscente.

Sin embargo, para Wittgenstein estas respuestas presuponen una determinada visión del lenguaje. En la medida que presuponen que en el



fondo de la palabra conceptual subyace una entidad u objeto que le da un significado. Esta visión del lenguaje tiene lugar en la falsa comprensión de la lógica de nuestro lenguaje, dando lugar con ello a diferentes problemas filosóficos.

Ahora bien, esta falsa comprensión de nuestro lenguaje basado en el uso metafísico de las palabras (búsqueda de entidades que respondan al uso de las palabras o conceptos), puede encontrar su raíz, de acuerdo con Wittgenstein, en la tosca división que solemos hacer a lo que llamamos generalmente explicaciones del significado de una palabra, en definiciones verbales u ostensivas. Por el primer tipo de definiciones, se entiende la definición que hacemos de una palabra a partir de otra palabra, mientras que por el segundo, la definición que hacemos de una palabra mediante el señalamiento de un objeto correspondiente a esta palabra.

De acuerdo con Wittgenstein (Los cuadernos azul y marrón, 1993, págs. 27-28), se cree que las definiciones verbales no nos conducen a ningún progreso, pues lo que hace es llevarnos de una expresión verbal a otra, a diferencia de este tipo de definiciones, las ostensivas nos hacen creer que realizamos un progreso enorme hacia el aprendizaje del significado de las palabras del lenguaje. Esto se debe a que asumimos que toda palabra es un nombre, y que en consecuencia, a éste debe corresponderle por naturaleza un objeto que responda al nombre, y que por lo tanto, la comprensión del objeto nombrado presupone la comprensión del significado de la palabra que lo nombra.

Pero cuando ahondamos ostensivamente en la comprensión del uso y significado de las palabras o conceptos que acompañan a nuestro lenguaje ordinario, nos encontramos con la dificultad de que para muchas de las palabras del lenguaje parece no haber definiciones ostensivas. Es decir, muchas de las palabras de nuestro lenguaje no son propiamente nombres que nombran cosas, tales como las palabras “cinco”, “hoy”, “no”, “pero”, “número”, “uno” etc., para las cuales parece no haber un referente empírico.

Esta dificultad radica en la malinterpretación de la definición ostensiva misma, en tomarla como una definición necesaria del significado de una palabra. Pues nos hace creer o pensar que en la explicación ostensiva de una palabra predicamos algo de lo definido. Es decir, nos lleva a buscar en los sustantivos entidades u objetos correspondientes a éstos. De esta manera, Wittgenstein señala (Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 28), que al usar la expresión “esto es rojo” atribuidos al color rojo algo.

Para Wittgenstein (Investigaciones filosóficas, 1988. Aforismo 30.), la definición ostensiva explica el uso o significado de las palabras sólo cuando tenemos claro el lugar que ocupan éstas en la gramática, en el lenguaje:

*“Se podría, pues, decir: la definición ostensiva explica el uso – el significado – de la palabra cuando ya está claro qué papel debe jugar en general la palabra en el lenguaje. Así, cuando sé que otro me quiere explicar el nombre de un color, la explicación ostensiva «esto se llama sepia» me ayudará a entender la palabra.- y esto puede decirse si no se olvida que ahora se originan todo tipo de cuestiones en relación con las*

*palabras «saber» o «estar claro».” (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988. Aforismo 30.)*

Pues de acuerdo con Wittgenstein, el lugar de una palabra en la gramática del lenguaje es su significado, es decir, la gramática explica el uso de las palabras en los juegos de lenguaje.

De este modo, la definición ostensiva nos ayuda o nos hace ganar terreno en la comprensión del uso y significado de las palabras de nuestro lenguaje sólo cuando conocemos las reglas del juego, cuando dominamos el juego en el que operan de diversas maneras las palabras como piezas de juego que ocupan un lugar en el juego que se juega en función a reglas de juego. Sólo cuando comprendemos el juego somos capaces de jugarlo, somos capaces de preguntar con sentido por la denominación de la palabra, debido a que conocemos su lugar, el papel que juega ésta. Así pues, afirma Wittgenstein:

*“considera aun este caso: le explico a alguien el ajedrez; y comienzo señalando una pieza y diciendo: « Éste es el rey. Puede moverse así y así, etc., etc.».- en este caso diremos: las palabras «Este es el rey» (o «esta se llama rey») son una explicación de la palabra solo si el aprendiz ya sabe lo que es una pieza de un juego. Es decir, si ya ha jugado otros juegos o ha observado con comprensión el juego de otros- y cosas similares. Solo entonces podrá también preguntar relevantemente al aprender el juego: « ¿cómo se llama esto?»- a saber, esta pieza del juego.” (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 49)*

Wittgenstein intenta decirnos con esto que comparemos nuestro lenguaje con el juego del ajedrez, y cada una de las palabras con cada una de las piezas que componen el juego. Pensemos ahora, en el lugar que ocupa cada pieza y en los diversos movimientos que ejecutan cada una de éstas en el tablero de acuerdo a las reglas del juego. De manera similar, pensemos ahora en las palabras de nuestro lenguaje. Éstas al igual que las piezas del ajedrez, cumplen en la gramática del lenguaje diversas funciones que las caracterizan como partes de un juego, pues poseen diversas posibilidades gramaticales de aplicación en la lógica del lenguaje.

Ahora bien, cuando conocemos el lugar que ocupan cada una de las palabras que usamos en el lenguaje, somos ya capaces de evitar el malentendido de asociar las palabras con ciertas entidades u objetos correspondientes a éstas. Asociamos las palabras ya no con objetos sino con reglas de juego. Cambiamos la pregunta ostensiva ¿Qué es esto? Por la pregunta ¿Cómo se llama esto? Con el cambio de la pregunta no nos referimos ya a criterios definitorios o reglas estrictas de utilización de las palabras o a entidades que le dan sentido a éstas y que determinan la manera como las usamos, sino a un juego de lenguaje entre una diversidad infinita de juegos que hay. De esta manera, Wittgenstein afirma:

*“quizás se diga: el dos solo puede definirse ostensivamente así: «este número se llama dos». Pues la palabra «número» indica aquí en qué lugar del lenguaje, de la gramática, ponemos la palabra. Pero esto significa que la palabra «número» tiene que ser explicada antes de que esa*

*definición ostensiva pueda ser entendida.- la palabra «número» de la definición indica realmente ese lugar, el puesto en el que colocamos la palabra. Y podemos prevenir malentendidos diciendo: «este color se llama así y asá», «esta longitud se llama así y asá», etc. Es decir, de este modo se evitan a veces malentendidos.” (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 45)*

Sin embargo, Wittgenstein (Investigaciones filosóficas, 1988. Aforismo 33) sostiene que tendemos a pensar que no necesitamos dominar un juego de lenguaje para comprender una definición ostensiva, sino que para comprenderla basta con saber hacia dónde señala quien explica la definición. Suponemos que cuando señalamos y pronunciamos una palabra en relación al objeto que señalamos ostensivamente, significamos algo. Tenemos la creencia que en este proceso de señalar y significar se producen en nosotros ciertas experiencias o vivencias características del señalar que acompañan éste proceso, y que se encuentran conectadas con una actividad mental o proceso oculto que se produce en nuestro interior cuando significamos algo.

De este modo, la definición ostensiva nos induce a creer que cada vez que señalamos a un objeto por medio del uso de una palabra a la que le atribuimos tal objeto, se produce en nuestro interior ciertas experiencias mentales que acompañan al uso del signo. Pensamos en el uso de las palabras como procesos mentales que se producen en un mecanismo psíquico de la persona que utiliza el signo.

En otras palabras, asociamos las palabras de nuestro lenguaje con ciertas imágenes mentales producidas en nosotros al interpretar la palabra, al comprenderla, al escucharla, y reaccionamos conforme a esa imagen. Pareciera así, que en la comprensión de una palabra se produjeran dos actos, un acto mental, psicológico-cognitivo e interpretativo, y un acto de elección o reacción. Así pues, señala Wittgenstein:

*“supongamos que yo enseño a alguien el uso de la palabra “amarillo” señalando repetidamente a una mancha amarilla y pronunciando la palabra. En otra ocasión le hago aplicar lo que ha aprendido, dándole la orden: “saque una bola amarilla de este saco”. ¿Qué fue lo que sucedió cuando obedeció mi orden? Yo digo: “posiblemente solo esto: oyó mis palabras y cogió una bola amarilla del saco”. Pero se puede tener tendencia a pensar que no es posible que esto haya sido todo; y el tipo de cosa que se sugeriría es que el imaginó algo amarillo cuando comprendió la orden y luego eligió una bola correspondiente a su imagen.” (Wittgenstein, Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 39)*

Hemos llegado así, a lo que se podría denominar el modelo psicológico de la comprensión. De acuerdo a éste modelo, entre la palabra y su comprensión hay un proceso interno definido que se ejecuta antes de obedecer una orden. El cual se encuentra vinculado con la actuación del lenguaje y a través de los cuales puede funcionar nuestro lenguaje.

De modo que los procesos de comprensión y significación se hallan conectados entre sí por procesos internos o psicológicos de la mente. Los

cuales le dan vida a nuestro lenguaje, cuya función es inducir a tales procesos. Según éste modelo, son precisamente estos procesos o estados de conciencia que se producen internamente al comprender un signo de nuestro lenguaje, los que deben interesarnos. Debido a que el estudio de la naturaleza de nuestros procesos mentales arroja una luz sobre el uso y significado de las palabras, las cuales se encuentran entretnejidas por procesos de significación (Wittgenstein, Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 29).

De aquí, que la actuación de nuestro lenguaje se encuentra asociado a dos actividades: a una actividad inorgánica, la cual se refiere al uso o manejo de signos, y una orgánica, en la que se ubican los procesos de comprender signos, significarlos, pensarlos e interpretarlos. Estas últimas actividades, afirma Wittgenstein (Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 30), parecen realizarse en un extraño tipo de medio: la mente y los mecanismos de la mente, cuya naturaleza no comprendemos completamente.

Según Wittgenstein (Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 30), de acuerdo a este modelo psicológico de la comprensión, los procesos de significación e interpretación como actividades mentales que acompañan a nuestras palabras, son llevados a cabo en los procesos ocultos del pensamiento y su mecanismo, en la medida que en tales procesos, parte del trabajo de la imaginación son reemplazados por actos de observación de objetos reales.

Así, cuando pronunciamos o escuchamos una palabra se producen imágenes ante nuestra visión mental que corresponden a la palabra, y que son en cierta medida traducciones de la palabra en un lenguaje pictórico. Es decir, cuando escuchamos o pronunciamos la palabra tráeme una losa o una silla, se produce como por arte de magia una imagen viva del objeto ante mi visión mental, que no sólo se ajusta a la palabra dándole un significado, sino que también la reemplaza pictóricamente y que opera como proyección del objeto al que la palabra representa o señala. De esta manera, Wittgenstein sostiene:

“Bueno, supón que al oír la palabra «cubo» te viene a las mentes una figura. El dibujo de un cubo, pongamos por caso. ¿Hasta qué punto esta figura puede ajustarse a un empleo de la palabra «cubo» o no ajustarse a él?- quizás digas: «eso es sencillo;- si me viene a las mentes esa figura y señalo, por ejemplo, un prisma triangular y digo que es un cubo, entonces este empleo no se ajusta a la figura.»-¿Pero no se ajusta? He elegido el ejemplo intencionadamente de manera que sea muy fácil imaginarse un método de proyección según el cual la figura ajusta después de todo.”  
(Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 141)

De acuerdo con Wittgenstein (Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 31), el error del modelo psicológico de la comprensión de las palabras, consiste precisamente en buscar el significado de un signo como si fuera algo que coexistiera con él, es decir, en una actividad mental que acompaña al decir. Para Wittgenstein, debemos buscar el significado de las palabras de



nuestro lenguaje no en una imagen construida en nuestra mente por un mecanismo psíquico, ni mucho menos en entidades subyacentes a las palabras, sino en su uso:

*“El error que estamos expuestos a cometer podría expresarse así: estamos buscando el uso de un signo, pero lo buscamos como si fuese un objeto que coexistiese con el signo. (Una de las razones de esta falta vuelve a ser que estamos buscando una “cosa que corresponde a un sustantivo.”)... Pero si tuviésemos que designar algo que sea la vida del signo, tendríamos que decir que era su uso.”*  
*(Wittgenstein, Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 31)*

Pues las palabras como partes del sistema del lenguaje tienen vida por sí mismas. De esta manera, señala Wittgenstein:

*“El signo (la frase) obtiene su significado del sistema de signos, del lenguaje al que pertenece. Rudimentariamente: comprender una frase significa comprender un lenguaje.”*  
*(Wittgenstein, Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 31)*

Para Wittgenstein (Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 44), no debemos pensar en el uso de los signos de nuestro lenguaje como una actividad mental. Sino más bien como un juego de lenguaje. Wittgenstein no da una definición precisa de qué es un juego de lenguaje, pues hacerlo implicaría violar su propia metodología. Además, la expresión “juegos de lenguaje” no significa siempre lo mismo. Pues por juegos de lenguaje Wittgenstein entiende muchas cosas: una situación imaginada sobre el uso de una palabra (el juego de lenguaje de los albañiles), el uso mismo de una

palabra en un contexto (los juegos de lenguaje donde aparece la palabra “bello”), las diferentes y múltiples funciones que cumple el lenguaje en nuestra vida (los infinitos juegos de lenguaje del insultar, de traducir, de adivinar, de cantar, etc.), las actividades que permiten aprehender o adiestrarnos en un juego de lenguaje ( el juego de lenguaje de nombrar o repetir palabras), son todos ellos juegos de lenguaje. Juegos de lenguaje son también los modos de utilizar signos más sencillos que los modos en que usamos los signos de nuestro lenguaje altamente complicado,

Es decir, un modo de uso primitivo del lenguaje. Wittgenstein usa la expresión “primitivo” en dos sentidos, uno peyorativo y uno no peyorativo, como ocurre en el caso de la descripción del aprendizaje del lenguaje que nos ofrece Agustín de Hipona. El cual no sólo nos presenta una representación inapropiada de nuestro lenguaje, en la medida que nos circunscribe a una única forma de verlo, sino que además no ve en esa representación del lenguaje un juego de lenguaje entre diversos juegos que pueden ser jugados y sobre los cuales podemos construir por medio de un conjunto infinito de reglas de juego nuevos usos y significados, sino que ve un único juego. La expresión “primitivo”, se usa en éste contexto en un sentido peyorativo, y se refiere en este contexto más bien a formas de lenguaje con que un niño comienza a hacer uso de las palabras mamá, papá, casa, etc. (Wittgenstein, Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 44).

Al hablar Wittgenstein de los juegos de lenguaje como formas primitivas de lenguaje, elimina la niebla mental que parece envolver nuestro

uso ordinario del lenguaje. Ya no vemos en el uso de las palabras entidades ocultas o procesos mentales que la acompañan. Lo que vemos son actividades, reacciones que son nítidas y transparentes si las observamos con el debido cuidado y sin prejuicios. De este modo, Wittgenstein señala: *“El estudio de los juegos de lenguaje es el estudio de las formas primitivas de lenguaje o de los lenguajes primitivos.”* (Wittgenstein, Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 44)

Es decir, hablar de juegos de lenguaje es hablar de una actividad natural humana inserta en una forma de vida. Pues los juegos de lenguaje son el conjunto de actividades que nos adiestran en el uso de las palabras de nuestro lenguaje.

Sin embargo, Wittgenstein afirma que hay ciertas tendencias conectadas con algunas confusiones filosóficas, que se expresan en nuestra ansia de generalidad y que hacen que se nos haga difícil el aceptar la noción de lenguaje como un juego, reafirmando con ello la idea de querer buscar en el fondo de los conceptos o las palabras de nuestro lenguaje ordinario objetos o entidades metafísicas asociadas al uso de éstas. Estas tendencias son:

- a) La tendencia a buscar algo en común a todas las entidades que usualmente incluimos bajo un concepto general. Pensamos que debe haber algo en común a todos los juegos y que esta propiedad común y esencial es la justificación de que se aplique el término general de juego a los distintos

juegos (Wittgenstein, Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 45). Es decir, tenemos la idea de que un concepto general es una propiedad común de sus casos particulares.

En otras palabras, tenemos la creencia de que el concepto de juego o cualquier otro concepto, es como señala Wittgenstein, la suma lógica de los correspondientes conceptos parciales o individuales emparentados entre sí. Ahora bien, una consecuencia de tomar los casos particulares como ingredientes del concepto general, es que nos lleva a pensar que podemos encontrar entidades puras e inalterables en el fondo de los conceptos.

- b) Tenemos la tendencia a pensar que cuando comprendemos un concepto general, entramos en posesión de una imagen general de la entidad que incluimos bajo el concepto, y la contraponemos con los casos particulares de tal entidad a los cuales aplicamos la generalidad del concepto mismo. Así pues afirma Wittgenstein:

*“si alguien me explica los nombre de los colores señalando muestras y diciendo «este color se llama azul, este verde...», este caso puede compararse en muchos respectos con ponerme en las manos una tabla en las que estuviesen las palabras bajo las muestras de colores.- aunque esta comparación puede desorientar de muchas maneras.- se siente inclinación ahora a extender la comparación : Haber entendido la explicación quiere decir tener en mente un concepto de lo explicado, y este es una muestra o figura. Si se me enseñan ahora diferentes hojas y se dice «esto se llama hoja» obtengo un concepto de la*

*forma de una hoja, una figura de ella en la mente.”*  
(Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, 1988, págs. 93-95)

- c) Tenemos la idea de que la comprensión de una idea general, póngase el caso de la idea general de lo que llamamos juegos, se encuentra conectada con un estado mental, un estado de un hipotético mecanismo mental, o un estado mental en el sentido de estados de conciencia. Esto se debe, de acuerdo con Wittgenstein, a una confusión gramatical, que reside precisamente en ciertas analogías gramaticales que podemos encontrar en las palabras hablar, escribir, pensar, desear, etc. (Wittgenstein, *Los cuadernos azul y marrón*, 1993, pág. 46)

De modo que tendemos a creer que así como las palabras hablar y escribir describen actividades físicas, de la misma manera la palabra desear o pensar deben describir también una actividad peculiar, en este caso mental. Lo que nos lleva al error de creer que cuando operamos con signos, debe producirse en relación a ese acto de operar ciertos procesos internos o mentales definidos.

- d) Nuestra ansia de generalidad se halla conectada con nuestra preocupación por el método de la ciencia. Vemos la necesidad de aplicar a las palabras de nuestro lenguaje leyes generales semejantes a las que aplicamos dentro del marco de las ciencias. Con el propósito de reducir la explicación de los casos particulares o individuales emparentados entre sí, a la generalidad del concepto bajo el cual describimos estos casos, generalidad que se expresa en forma de ley (Wittgenstein, *Los cuadernos azul y marrón*, 1993, pág. 46).

Para Wittgenstein, nuestro desprecio hacia los casos menos generales tiene lugar en lógica por la idea de que son incompletos. Sin embargo, el autor señala (Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 47), que si estudiamos la gramática de las palabras o conceptos de nuestro lenguaje, nos encontramos con que no hay una definición que circunscriba a priori el campo de aplicación de nuestros conceptos. Debido a que nos encontramos con distintos casos a los que podemos aplicar un mismo concepto. Cuando analizamos la gramática de la palabra desear encontramos diversos casos de desear, y no por eso debemos sentirnos descontentos o tomar la palabra desear como algo gramaticalmente incompleto, sino como parte de un sistema de lenguaje, como una herramienta que cumple diferentes funciones en los juego de lenguaje.

Esta idea de querer encontrar una propiedad común a todas las aplicaciones de un concepto general para poder comprender con mayor claridad su significado, ha sido de acuerdo con Wittgenstein una traba para la investigación filosófica, pues ya que no sólo no ha conducido a ningún resultado, sino que además nos ha inducido a rechazar y tomar por irrelevantes los casos concreto o individuales, que son los únicos que pueden ayudarnos a comprender el uso y significado del término general. De este modo, señala Wittgenstein:

*“cuando Sócrates hace la pregunta “¿Qué es el conocimiento?” no la considera siquiera como una respuesta preliminar para enumerar casos de conocimiento. Si yo*

*desease averiguar qué clase de cosa es la aritmética, me daría por muy contento con haber investigado el caso de una aritmética cardinal finita. Pues*

*a) Esto me conduciría a todos los casos más complicados,*

*b) Una aritmética cardinal finita no es incompleta, no tiene lagunas que tengan que ser cubiertas por el resto de la aritmética.” (Wittgenstein, Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 48)*

Nosotros vemos un patrón de exactitud en la gramática de las palabras, comparamos constantemente nuestro lenguaje con un sistema de cálculos que opera en función a reglas estrictas. Creemos de este modo que quien pronuncia una palabra y la comprende realiza con ello un cálculo según reglas definidas. Sin embargo Wittgenstein sostiene, que nosotros no usamos el lenguaje conforme a reglas estrictas, ni tampoco se nos ha enseñado por medio de tales reglas:

*“este es un modo muy unilateral de considerar el lenguaje. De hecho, nosotros usamos muy raramente el lenguaje como tal cálculo. Pues no solo no pensamos en las reglas de utilización – definiciones, etc.- mientras estamos usando el lenguaje, sino que, cuando se nos pide que indiquemos tales reglas, en la mayoría de los casos no somos capaces de hacerlo. Somos incapaces de delimitar claramente los conceptos que utilizamos; y no porque no conozcamos su verdadera definición, sino porque no hay “definición” verdadera de ellos. Suponer que tiene que haberla, sería como suponer que siempre que los niños juegan con una*

*pelota juegan un juego según reglas estrictas.” (Wittgenstein, Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 54)*

Para Wittgenstein, las palabras de nuestro lenguaje poseen diferentes posibilidades gramaticales de aplicación en nuestro lenguaje, no tienen un límite preciso que nos permita definir las de una vez por todas. Por esta razón, Wittgenstein señala (Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 57) que cuando decimos que elaboramos lenguajes ideales no es para reemplazar nuestro lenguaje ordinario, el cual de por sí está perfecto, está bien tal y como está, sino para eliminar la dificultad, falta de claridad o pesadez mental que se produce en una persona al creer que ha logrado comprender de manera correcta el uso exacto de una palabra a través de reglas definidas.

Así pues, el hablar de reglas definidas en la gramática del lenguaje, más allá de hacernos ganar terreno en la comprensión del significado de una palabra, lo que ha logrado es conducirnos a diversas confusiones filosóficas que se hacen visibles cuando nos enfrentamos con el lenguaje. Una de estas confusiones es la tan complicada pregunta con la que se ha enfrentado Wittgenstein a lo largo de su filosofía ¿Qué son los conceptos? ¿Qué es el significado de una palabra? Y que tantos problemas y espasmos han ocasionado en la filosofía.

Wittgenstein aborda este problema no desde una pregunta ontológica, esencialista o metafísica del concepto, sino desde la lógica del significado, es decir, desde un punto de vista gramatical. Ya que como el mismo lo sostiene:



*“No nos interesan los procesos psicológicos que sabemos por experiencia que acompañan a una oración. Lo que en cambio si nos interesa es la comprensión que se encuentra depositada en una explicación del sentido de la oración.”*  
(Wittgenstein, *Gramática Filosófica*, 1992, pág. 83)

Al abordar Wittgenstein el problema de los conceptos desde la perspectiva lógico-lingüística del significado, derrumba con ello los modelos ontológicos y psicológicos de la comprensión expuestos más arriba. Así pues, sostiene Wittgenstein:

*“A veces, por supuesto, interpreto signos, doy a los signos una interpretación, ¡pero eso no sucede siempre que comprendo un signo! (si alguien me pregunta “¿qué hora es?”, no se da en mi interior un trabajo de interpretación, sencillamente reacciono ante lo que veo y oigo. Si alguien saca un cuchillo y lo dirige hacia mí, no digo: “interpreto esto como una amenaza”).”* (Wittgenstein, *Gramática Filosófica*, 1992, pág. 87)

Para Wittgenstein comprender un concepto tal y como lo sostiene Alejandro Tomassini en su texto *Lenguaje y anti-metafísica* “no es más que la conjugación de dos facultades, la de reaccionar en forma apropiada frente al uso del lenguaje por parte de otros y la de usar en forma correcta las expresiones relevantes en las situaciones pertinentes.” (Tomassini, 2005, pág. 45) Comprender un concepto además es familiarizarme o conectarme con él, es conocer su historia o aplicación práctica, es reaccionar de forma apropiada frente a su uso por parte de los otros, es comprender su gramática, esto es, las reglas que regulan su uso dentro de la lógica del

lenguaje, y comprender su gramática, es comprender las posibilidades gramaticales de su aplicación lingüística, es decir, conocer las distintas funciones que cumple en nuestros juegos de lenguaje.

Así, según Wittgenstein (Gramática Filosófica, 1992, pág. 111) el lugar de una palabra en la gramática del lenguaje es su significado, la gramática explica el uso de las palabras en los juegos de lenguaje. De este modo, el significado de una expresión está dado por la forma como los usuarios hacen uso la expresión.

Para Wittgenstein, lo que subyace en el fondo de los conceptos o las palabras que acompañan a nuestro lenguaje no son necesariamente entidades, sino un conjunto de normas o reglas que guían lingüísticamente la forma o el modo como hacemos uso de nuestros conceptos. Pensar lo contrario, es decir, que a cada palabra le es necesario un objeto, es adherirse a una especie de mitología del simbolismo.

Esto se hace patente en el argumento Wittgensteiniano de la doble negación:

*“Que dos negaciones produzcan una afirmación debe estar ya contenido en la negación que estoy utilizando en este momento. Aquí estoy a punto de inventar una mitología de simbolismo.*

*Parecería poder inferirse del significado de la negación que “- - p” significa p. Como si las reglas sobre el signo de la negación se siguieran de la naturaleza de la negación. Así*

*que, en cierto sentido, existe, en primer lugar, la negación, y después las reglas de la gramática.*

*Sucede, pues, como si la esencia de la negación tuviera una doble expresión en el lenguaje: aquella cuyo significado aprehendo al comprender la expresión de la negación en una oración, y las consecuencias de este significado en la gramática.” (Wittgenstein, Gramática Filosófica, 1992, pág. 99)*

Queda claro que para Wittgenstein el concepto de la negación no tiene la propiedad de producir una afirmación cuando es doble, es decir, no subyace en él una entidad oculta que produzca o de lugar a la regla de la doble negación en la lógica de los juegos de lenguaje, sino que más bien, la doble negación es en sí misma una regla.

De aquí que no debemos pensar en los conceptos como algún tipo de entidades metafísicas que tienen ciertas propiedades, y entre esas propiedades se encuentran las reglas de su uso, esto es, como algo que produce sus propias reglas de uso, su aplicación. Sino que debemos pensar los conceptos como un conjunto de reglas que rigen nuestra práctica lingüística, en los que subyace una esencia gramatical.

A hora bien, al abordar Wittgenstein el problema de los conceptos desde un punto de vista puramente gramatical, es decir, a partir de la relación entre el Significado de una expresión y su uso, cambia completamente la pregunta fundamental. Se pasa de la pregunta esencialista o metafísica “¿que son los conceptos?” a una pregunta del tipo ¿qué es el

significado de una palabra? O ¿qué es la explicación del significado de una palabra? ¿Qué significa tener un concepto? ¿Cómo se usan los conceptos?

Con el cambio de pregunta Wittgenstein pretende devolver la pregunta sobre los conceptos a tierra firme, ya que no se refiere a una entidad metafísica o esencial sino a algo que puede ser analizado: el uso, las reglas de uso y las actividades en las cuales el concepto es usado, *“el lenguaje debe hablar por sí mismo”* (Wittgenstein, Gramática Filosófica, 1992, pág. 75). Es decir, ha atacado el problema ¿que son los conceptos? Preguntando en primer lugar que es una explicación del significado de una palabra. En la medida que para él, el estudio de la gramática de la expresión “explicación del significado” nos enseña algo sobre la gramática de la palabra significado y nos aparta de la tentación de buscar un objeto que corresponda a esta palabra:

*“El significado de una palabra es lo que la explicación del significado explica. Es decir: si quieres entender el uso de la palabra «significado» averigua lo que se llama «explicación del significado»”* (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 357)

Una consecuencia de esta nueva concepción del funcionamiento del lenguaje, es que se rechaza la concepción tradicional de los conceptos como una unidad que puede ser definida, como algo con límites determinados y con características esenciales. Para Wittgenstein los conceptos son una multiplicidad de reglas y de usos.

Así, por ejemplo, el concepto de comprender no es unitario, en la medida que cuando hablamos de comprender una palabra o una proposición, o una imagen de algo expresado artísticamente, no hablamos de una misma cosa, sino de una diversidad de actividades más o menos relacionadas. Actividades que comparten algunas de ellas características comunes, pero que no comparten todas ellas un conjunto de características determinantes que nos permitan hablar de una forma general del concepto de comprender. De esta forma, todas esas actividades que describimos bajo un mismo concepto de comprender no guardan una unidad esencial, sino una compleja similitud. Esto es lo que Wittgenstein llama parecidos de familia. Así Wittgenstein afirma:

*“Lo que una palabra conceptual indica es, por supuesto, una afinidad de los objetos, pero esta afinidad no tiene que ser el carácter común de una propiedad o de un constituyente. Puede conectar los objetos como los eslabones de una cadena, de tal manera que uno se encuentre enlazado a los otros por medio de ligas intermedias. Y dos miembros vecinos pueden tener rasgos semejantes, mientras que miembros lejanos entre sí no tienen ya nada en común y, sin embargo, pertenecen a la misma familia. En realidad, aun cuando un rasgo sea común a todos los miembros de la familia, no tiene por qué ser el que defina el concepto.*

*La relación entre los miembros de un concepto puede haber sido producida por el carácter común de los rasgos en ellos. Y estos rasgos se muestran en la familia del concepto, cruzándose e interceptándose de las maneras más diversas.*

*De esta manera, probablemente, no hay una característica única que sea común a todas las cosas a las que llamamos juegos. Pero tampoco puede decirse que la palabra “juego” tenga de hecho varios significados independientes (como por ejemplo, la palabra “banco”). Llamamos “juegos” a procedimientos interrelacionados de diversas maneras entre las cuales existe una gran diversidad de transiciones” (Wittgenstein, Gramática Filosófica, 1992, pág. 143)*

Sin embargo, con esta nueva metodología filosófica Wittgenstein no intenta reducir los conceptos a simples usos de las palabras que aprendemos por adiestramiento. Más allá de la palabra y la manera como las aprendemos hay una serie de reglas, y estas reglas nos hablan no de simples usos, sino de posibilidades de uso. Así, afirma Wittgenstein:

*“¿cómo llegué al concepto de proposición o al concepto de lenguaje? Ciertamente a través de los lenguajes que he aprendido. Pero estos parecen haberme conducido, en cierto sentido, más allá de sí mismos, pues ahora soy capaz de construir un nuevo lenguaje, de inventar palabras, por ejemplo. Así que esta construcción pertenece también al concepto de lenguaje. Pero Únicamente si lo estipulo de esa manera. El sentido de mi etc. se encuentra constantemente delimitado por su gramática.” (Wittgenstein, Gramática Filosófica, 1992, pág. 221)*

Así, Wittgenstein no intenta tanto desaparecer la esencia de los conceptos, como mostrar que esa esencia no es ontológica, sino gramatical. De este modo son las reglas las que constituyen al concepto, configuran su esencia, previo a ellas no hay nada, ellas son el fenómeno originario. No es

entonces la naturaleza del concepto “x” la que produce las reglas del concepto “x”, son las reglas del concepto “x” las que configuran la esencia o naturaleza del concepto “x”. Como bien afirma Wittgenstein: “*La esencia se manifiesta en la gramática*” (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 281)

Es una esencia que no apunta a identidades o a necesidades racionales, sino a similitudes construidas a partir de las exigencias de nuestra forma de vida humana. Esto es, lo que le da significado a las palabras de nuestro lenguaje, no son entidades o procesos mentales, sino la gramática y las situaciones enormemente complicadas en las que tienen lugar las palabras de nuestro lenguaje.

## Los juegos de lenguaje.

En el capítulo anterior, se analizó la crítica de Wittgenstein a los modelos psicológicos y ontológicos de la comprensión de los conceptos, y su propuesta a una nueva metodología del significado de las palabras asociado al uso, a posibilidades de uso y a las distintas actividades humanas con las cuales dicho uso se encuentra entretelado.

En este capítulo nos ocuparemos ahora, de analizar la crítica que realiza Wittgenstein a la imagen agustiniana desde la noción de juegos de lenguaje. Noción importante en el abordaje metodológico del lenguaje propuesto por Wittgenstein. Pues a través de esta noción, se rechaza tal y como veremos, cualquier intento de reducir el funcionamiento del lenguaje humano a reglas de definición estrictas, asociándolo así a innumerables posibilidades de usos entretelados con innumerables actividades humanas, agregando con ello un elemento más: los parecidos de familia.

Con ésta noción Wittgenstein pretende, como veremos más adelante, eliminar cualquier intento inútil de buscar propiedades esenciales y universales en los conceptos, pues de acuerdo con esta nueva forma de comprender el lenguaje lo que hay entre las palabras como juegos son parentescos y similitudes.

Wittgenstein abre las *Investigaciones filosóficas* con una cita de las confesiones de San Agustín (1.8):



*“cuando ellos (los mayores) nombraban alguna cosa y consecuentemente con esa apelación se movían hacia algo, lo veía y comprendía que con los sonidos que pronunciaban llamaban ellos a aquella cosa cuando pretendían señalarla. Pues lo que ellos pretendían se entresacaba de su movimiento corporal: cual lenguaje natural de todos los pueblos que con mímica y juegos de ojos, con el movimiento del resto de los miembros y con el sonido de la voz hacen indicación de las afecciones del alma al apetecer, tener, rechazar o evitar cosas. Así, oyendo repetidamente las palabras colocadas en sus lugares apropiados en diferentes oraciones, colegía paulatinamente de que cosas eran signos, expresaba ya con ellos mis deseos.” (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 17)*

Esta descripción del lenguaje nos ofrece en términos de Wittgenstein una determinada figura de la esencia del lenguaje humano, que consiste en que las palabras de nuestro lenguaje nombran cosas u objetos. Es decir, cada palabra tiene un significado y este significado se encuentra coordinado con la palabra. El lenguaje posee de acuerdo a esta imagen, una naturaleza descriptiva, pues las palabras son nombres, su naturaleza es nombrar, describir, y eso que describen o nombran es su significado.

De acuerdo con Wittgenstein (Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 111), quien así describe el funcionamiento del lenguaje humano apelando a que aprendemos el uso y significado de las palabras de nuestro lenguaje, a partir del repetitivo señalamiento de objetos o cosas correspondientes a las palabras que usamos para nombrarlos, piensa

primariamente en sustantivos como 'mesa', 'silla', 'azúcar', 'manzana', entre otros, y sólo en un segundo plano en ciertas acciones, propiedades o palabras tales como 'hoy', 'no', 'pero', 'cinco', 'quizás', etc. En otras palabras, sólo piensa en usos muy primitivos del lenguaje, usos circunscritos en la actividad del nombrar y el señalar.

Wittgenstein nos ofrece en los *Cuadernos azul y marrón* (1993, págs. 111-112) un modelo del funcionamiento del lenguaje humano descrito por San Agustín. Su función es la comunicación entre un albañil A y su peón B. B tiene que alcanzarle a A los materiales de construcción. Hay piedras cubicas, ladrillos, losetas, vigas, columnas. El lenguaje consta de las palabras cubo, ladrillo, loseta, columnas. A grita una de estas palabras, tras lo cual B trae una piedra de una forma determinada. Una parte importante del entrenamiento para el uso y funcionamiento de este lenguaje, consiste de acuerdo con Wittgenstein, en que señalemos a un elemento de la construcción, dirijamos la atención del niño hacia él y pronuncemos una palabra. Wittgenstein llama a este procedimiento enseñanza ostensiva de las palabras y se distingue de aquello que se denomina definición ostensiva.

Pues la definición ostensiva es la definición que hacemos de una palabra por medio del señalamiento de un objeto que sirva como correlato de la palabra usada, mientras que la enseñanza ostensiva es una forma de adiestrar a una persona en el uso de una palabra, tal y como ocurre en el ejemplo de la comunicación entre el albañil y su ayudante. Wittgenstein realiza una crítica a la primera como regla esencial para la determinación del

significado de una palabra, pero de la enseñanza ostensiva dice que muchas veces es importante ya que nos provee de muchas de las reglas que utilizamos para el uso de una palabra y además no necesariamente conlleva los prejuicios y errores de la primera.

Siguiendo con el ejemplo del albañil y su ayudante, en el uso real de este lenguaje, un hombre grita las palabras como órdenes y el otro actúa de acuerdo con ellas. El aprender y el enseñar este lenguaje consistirá en que el niño simplemente nombra cosas, pronuncia las palabras del lenguaje cuando el maestro señala hacia las cosas.

De acuerdo con esta descripción del funcionamiento del lenguaje humano, la relación entre las palabras y los objetos nombrados por éstas, se da por medio de un acto que vincula el signo y el significado. Este acto mediante el cual es posible dicha asociación es la enseñanza ostensiva de las palabras. A través de esta enseñanza el niño no sólo repite las palabras que pronuncia el maestro, sino que también aprende a establecer una conexión asociativa entre la palabra y la cosa, respondiendo así a los sonidos y demás gestos corporales que acompañan dicha enseñanza.

Esta enseñanza ostensiva de las palabras que nos presenta la imagen agustiniana del lenguaje humano, incluye un elemento mental en el proceso de significación en el que asociamos dos elementos necesarios en el funcionamiento y el aprendizaje del lenguaje, tales como la palabra y el objeto señalado por ésta. En otras palabras, la enseñanza ostensiva de las

palabras, nos vende la idea de que cada vez que usamos un signo de nuestro lenguaje para nombrar un objeto, se produce en nuestro interior ciertas experiencias mentales que acompañan al uso del signo.

Así por ejemplo, al gritar tráeme una losa, se le viene a la persona que escucha la palabra losa una imagen mental del objeto correspondiente a la palabra. De esta manera, el aprendizaje del lenguaje humano depende de acuerdo a esta concepción agustiniana, de la asociación que establezca la actividad mental a través de procesos psíquicos, entre la palabra y el objeto correspondiente a ésta. Así pues, señala Wittgenstein:

*“puede decirse que esta enseñanza ostensiva de palabras establece una conexión asociativa entre la palabra y la cosa. ¿Pero qué quiere decir esto? Pues bien, puede querer decir diversas cosas; pero se piensa muy de inmediato en que al niño le viene a la mente la figura de la cosa cuando oye la palabra.” (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 21)*

Sin embargo, Wittgenstein señala que cuando escuchamos una palabra o se nos da una orden como ocurre en el ejemplo del albañil y su ayudante, no necesariamente se tiene que producir en nosotros una imagen mental de la figura nombrada. De hecho en los “Cuadernos azul y marrón” Wittgenstein afirma:

*“Ahora bien, existe tal modo de buscar y no es en modo alguno esencial que la imagen que usamos tenga que ser una imagen mental. De hecho el proceso puede ser éste: yo*

*llevo un plano que coordina nombres y cuadrados coloreados. Cuando oigo la orden 'tráeme, etc.' Paso mi dedo por el plano desde la palabra 'rojo' hasta un cierto cuadrado y voy y busco una flor que tenga el mismo color que el cuadrado." (1993, pág. 29)*

Para Wittgenstein (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988. Aforismo 2.), esta imagen agustiniana del lenguaje humano reside en una imagen más simple y primitiva de la manera en que funciona nuestro lenguaje. Debido a que es una representación inapropiada e incompleta del lenguaje humano, pues circunscribe estrictamente el uso de las palabras para el dominio del lenguaje descrito por San Agustín.

De este modo, palabras como 'losa', 'ladrillo', 'cubo', 'viga', etc., sólo podrían ser usadas en un sistema de lenguaje que constara de tales palabras y en el que sólo se pudiera describir y nombrar, como sucede en el ejemplo de la comunicación entre el albañil A y su peón B. De este modo afirma Wittgenstein:

*"Supongamos que una persona describiese un juego de ajedrez sin mencionar la existencia y las operaciones de los peones. Su descripción del juego como fenómeno natural será incompleta. Por otra parte, podemos decir que ha descrito completamente un juego más simple. En este sentido podemos decir que la descripción que hace Agustín de Hipona del aprendizaje del lenguaje es correcta para un lenguaje más sencillo que el nuestro." (Wittgenstein, Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 111)*

De acuerdo con Wittgenstein, Agustín de Hipona no ve en esta representación del lenguaje humano un juego entre diversos juegos que pueden ser jugados y sobre los cuales podemos construir un conjunto innumerable de reglas, nuevos usos, nuevos significados, nuevas palabras y sobre todo nuevos juegos, sino que por el contrario ve en esta representación modos de usos ya establecidos, definidos, y dados de una vez por todas:

*“¿Pero cuántos géneros de oraciones hay? ¿Acaso aserción, pregunta y orden? – hay innumerables géneros: innumerables géneros diferentes de empleo de todo lo que llamamos «signos», «palabras», «oraciones». Y esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas-, sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje, como podemos decir, nacen y otro envejecen y se olvidan.”*  
(Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, 1988, pág. 39)

De acuerdo con Alfonso Flórez en su texto juegos de “Lenguaje y significado” (Flórez, 2001, pág. 114), Wittgenstein nos ofrece en las investigaciones filosóficas distintas instancias de empleo y funcionamiento del lenguaje mucho más amplio que el presentado por Agustín.

El primer caso que se considerará es el de alguien que es enviado con un papel a hacer una compra. En el papel está escrito ‘cinco manzanas rojas’. El tendero inspecciona el papel y procede en pasos ordenados, primero a abrir un cajón donde está la inscripción manzanas, luego en una tabla de colores consulta el color que corresponde a la palabra rojo, por

último recita de memoria la serie de los números hasta llegar a la palabra cinco, tomando por cada número una manzana que tiene el color de la muestra.

Alfonso Flórez señala (Flórez, 2001, pág. 115), que en contraste con la imagen agustiniana del lenguaje, aquí no se trata solamente de hacer referencia a las cosas mediante a las palabras, sino de verlas funcionando. No se habla del significado de la palabra cinco en los términos de la imagen agustiniana del lenguaje, pues aquí sólo se trata de mostrar su uso en el contexto de la compra con signos anotados en un papel. Esta tentación, señala Flórez (Flórez, 2001, pág. 115), de que la palabra rojo se refiere a una entidad llamada rojo y que por lo tanto, los objetos siguen siendo el significados de las palabras, es sólo una ilusión derivada de nuestra familiaridad con la imagen agustiniana y que se disipa tan pronto preguntamos por el significado de la palabra cinco, para la cual parece no haber ningún objeto correspondiente:

*“«¿Pero cómo sabe dónde y cómo debe consultar la palabra ‘rojo’ y que tiene que hacer con la palabra ‘cinco’?»- bueno, yo asumo que actúa como he descrito. Las explicaciones tienen en algún lugar un final.- ¿Pero cuál es el significado de la palabra «cinco»?- no se habla aquí en absoluto de tal cosa, sólo de cómo se usa la palabra «cinco».”*  
(Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, 1988, pág. 19)

Otro caso que nos presenta Wittgenstein, tal y como afirma Flórez (Flórez, 2001, págs. 115-116), es el de la tribu de constructores. Se trata de

un albañil y su ayudante en un contexto de construcción de un edificio. El ayudante debe pasarle al albañil diversos implementos a saber, cubos, pilares, losas y vigas, en el orden debido, que es el que el albañil necesita. Para ello disponen de las palabras correspondientes tales como cubo, pilar, losa y viga. Con cada llamada que el albañil hace de una palabra el ayudante alcanza la correspondiente piedra.

Flórez señala (Flórez, 2001, pág. 116), que para hacer la semejanza con la imagen agustiniana aun más perfecta, podría suponerse que este lenguaje es el lenguaje total de una tribu, en la cual hay niños que aprenden el lenguaje, que aprenden a realizar las acciones correspondientes a las palabras oídas, aprenden a usar las palabras correspondientes a las acciones apropiadas, y aprenden a reaccionar así a las palabras de los demás.

Parte importante de este entrenamiento consistirá en la enseñanza ostensiva de las palabras, en el conjunto de acciones mediante las cuales el instructor señala los objetos, llama la atención del niño hacia ellos, y pronuncia la palabra adecuada, estableciéndose así una conexión asociativa entre la palabra y la cosa.

De acuerdo a los planteamientos de Flórez (Flórez, 2001, pág. 116), la consideración atenta a este lenguaje así descrito permitirá precisar las razones para la insatisfacción con la imagen agustiniana. Pues en primer lugar, este lenguaje se presenta en un contexto de prácticas humanas, no de



reflexiones acerca de lo que ocurre en el propio pensamiento. En este sistema también se establece una asociación entre las palabras y las cosas de que aquellas son signos, más la posibilidad de efectuar dicha asociación depende por entero no de mecanismos mentales e internos como ocurre en la imagen agustiniana del lenguaje, sino de un adiestramiento:

*“El niño emplea esas formas primitivas de lenguaje cuando aprende a hablar. El aprendizaje del lenguaje no es aquí una explicación, sino un adiestramiento.” (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 21)*

De este modo, Flórez afirma (Flórez, 2001, pág. 116), que para saber si el instruido ha comprendido la palabra es mejor indicio fijarse si obra según la finalidad práctica de las palabras pronunciadas, que postular a un correlato mental necesario de la comprensión, pues lo que importa es la manera como son usadas en la práctica humana.

Así pues, vemos que el lenguaje se encuentra asociado con alguna actividad humana como comprar, construir, entre otras. Lo que hay detrás de todas estas actividades lingüísticas descritas, es un trasfondo humano asociado a una actividad natural, como ordenar, preguntar, señalar, traer un objeto, llevar una lista de compras al tendero, despachar, etc. Todas estas actividades son juegos de lenguaje:

*“podemos imaginarnos también que todo el proceso del uso de las palabras en (2) es uno de esos juegos por medio de los cuales aprenden los niños su lengua materna. Llamaré a*

*estos juegos «juegos de lenguaje» y hablaré a veces de un lenguaje primitivo como un juego de lenguaje.*

*Y los procesos de nombrar las piedras y repetir las palabras dichas podrían llamarse también juegos de lenguaje... llamaré también «juegos de lenguajes» al todo formado por el lenguaje y las acciones con las que está entrelazado.”*  
*(Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 23)*

Con el concepto de juegos de lenguaje Wittgenstein pretende mostrarnos que el significado de las palabras de nuestro lenguaje no está conectado a un objeto o a una actividad mental, sino al uso de las palabras en las actividades humanas en las que éstas son usadas. Pues son estas actividades naturales humanas insertas en una forma de vida, las que nos adiestran en el uso de una palabra.

De esta manera, Esteban Ferreyro en su texto *“La autonomía del lenguaje en Wittgenstein”* (Ferreyro, 2010, pág. 27) señala que Wittgenstein usa la expresión juegos de lenguaje para poner de relieve que “hablar el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida.” (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 23). Así pues, Ferreyro afirma (Ferreyro, 2010, pág. 27), que en el juego de lenguaje del comercio de mercaderías, las palabras comprar, vender, pagar, etc., tienen significado sólo porque hay una práctica social que las sustenta, o mejor aún, porque forman parte de las reglas para cierto modo de interactuar entre las personas.

Es decir, forman parte de un conjunto de acciones lingüísticas y no lingüísticas que se encuentran entrelazadas. Estas acciones no lingüísticas que sustentan la acción de los juegos de lenguaje es lo que Wittgenstein llama formas de vida, haciendo alusión al carácter cultural de la vida humana y al conjunto de actividades o prácticas naturales que nos configuran como personas.

En este sentido, los juegos de lenguaje comprenden, como sostiene Wittgenstein (*Investigaciones filosóficas*, 1988, pág. 23), acciones lingüísticas como ordenar, describir, relatar, suplicar, agradecer, maldecir, saludar, rezar, conjeturar, contar un chiste, preguntar, charlar, pero también acciones entrelazadas con el uso de las palabras del lenguaje, tales como fabricar un objeto según una descripción, formar y comprobar una hipótesis, presentar los resultados de un experimento, e incluso actividades lingüísticas complejas como inventar una historia, resolver un problema de matemática avanzada, traducir de un lenguaje a otro, actuar en un teatro, cantar a coro, inventar una historia y leerla, adivinar acertijos, etc. Todas estas acciones humanas asociadas al uso de las palabras son juegos de lenguaje.

Otro aspecto importante de éste concepto, es que resalta la diversidad de uso o funciones que abarcan las palabras de nuestro lenguaje en el contexto de la actividad humana. Así, al igual que en los juegos, cada una estas prácticas posee sus propios fines y su propias reglas, lo que implica una innumerable variedad de juegos. En otras palabras, no se limita el uso del lenguaje a reglas de utilización o definición estricta, sino que tan variable

como son las prácticas humanas del mismo modo son variables las funciones de las palabras que tienen lugar en tales actividades:

*“Piensa en las herramientas de una caja de herramientas: hay un martillo, unas tenazas, una sierra, un destornillador, una regla, un tarro de cola, cola, clavos y tornillos.- tan diversas como las funciones de estos objetos son las funciones de las palabras.” (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 27)*

De esta manera, podemos decir que los juegos de lenguaje hacen alusión a las actividades lúdicas del tipo de ajedrez, parques, damas, etc. Es decir, a partir de estas prácticas las formas primitivas de lenguaje, como las anteriormente mencionadas en los ejemplos del tendero o del albañil y su ayudante, son equiparadas con juegos lúdicos. Pues tan variable como los juegos son los juegos de lenguaje, cada uno con sus reglas y usos particulares. Existe una variedad innumerable de juegos y una cantidad igualmente innumerable de modos de jugarlos, y es precisamente esta multiplicidad de los mismos y de los modos lo que más se asemeja a nuestro lenguaje.

De la misma manera que aquél que explica que los juegos consisten en desplazar objetos sobre una superficie plana, no tiene en cuenta la variedad de juegos que existen totalmente diferentes al tipo de juego que describe, a saber los juegos de tablero, aquél que describe el lenguaje sólo en función de su presunta conexión asociativa con las cosas, es decir, de la relación entre las palabras y los objetos nombrados por éstas, parece sólo

estar pensando en un tipo particular de palabras, pero nunca en la totalidad de las palabras del lenguaje:

*“Agustín describe, podríamos decir, un sistema de comunicación; sólo que no todo lo que llamamos lenguaje es este sistema. Y esto debe decirse en muchos casos en que surge la cuestión: «¿Es esta representación apropiada o inapropiada?» la respuesta es entonces «sí, apropiada; pero sólo para este dominio estrictamente circunscrito, no para la totalidad de lo que pretendemos representar».*

*Es como si alguien explicara: «los juegos consisten en desplazar cosas sobre una superficie según ciertas reglas...»- y le respondiéramos: parece pensar en juegos de tablero; pero éstos no son todos los juegos. Puedes corregir tu explicación restringiéndola expresamente a esos juegos.” (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 19)*

Así pues, aunque esta relación entre palabra y objeto sea una característica de gran parte de las palabras de nuestro lenguaje, éste nunca podrá ser descrito o definido totalmente en función a dicha relación, ya que existen palabras con funciones totalmente diferentes del nombrar y describir, e incluso existen palabras que no tienen referencia empírica alguna, como sucede con la palabra cinco descrita en el ejemplo del tendero propuesto por Wittgenstein. Incluso en el caso de las palabras como silla que parecen estar asociadas a objetos en relación con su significado, esta relación no se da de forma simple, y siempre involucra la gramática de la palabra como elemento

esencial. De modo que la relación con el objeto siempre es derivada, secundaria.

Para Wittgenstein los juegos de lenguaje no pueden clasificarse según criterios fijos, por lo que resulta inútil buscar algo que les sea común a todo aquello que llamamos juego. Así por ejemplo, si reflexionamos sobre la palabra jugar, nos damos cuenta que no es un concepto unitario, pues cuando hablamos de jugar al ajedrez, o al fútbol o a cualquier otra actividad que sea un juego, no hablamos de la misma cosa, sino de una diversidad de fenómenos y actividades más o menos relacionadas. Fenómenos que comparten algunos de ellos características comunes, o un entrelazamiento de esas características, pero que no comparten todos ellos una característica o conjunto de características comunes determinantes, que nos permitan hablar de una forma general (una esencia, una definición) del jugar, una que abarque a todos los fenómenos del juego y los diferencie de manera precisa de otros fenómenos o actividades.

Pero esto no quiere decir que el concepto de juego u otros conceptos sean simplemente un conjunto arbitrario de características con poco en común. Entre todos esos fenómenos que describimos por medio de un concepto no hay una identidad esencial simple, pero sí una compleja similitud.

En otras palabras, no hay nada en común o esencial a todo aquello que llamamos juegos de lenguaje, o a las distintas actividades que

describimos bajo la palabra juegos de lenguaje, sino que éstas se encuentran emparentadas entre sí de muchas maneras diferentes y a causa de este parentesco los llamamos a todos ellos juegos de lenguaje.

Cuando analizamos, señala Wittgenstein (Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 87), todos aquellos procesos o actividades que llamamos juegos, tales como los juegos de tablero, juegos de carta, juegos de pelota, juegos de lucha, etc., no encontramos en éstos entidades metafísicas o esenciales comunes a tales actividades que nos permitan llamarlas juegos, sino que por el contrario lo que vemos son semejanzas, parentescos.

Es decir, lo que descubrimos al analizarlos son una compleja red de parecidos que se superponen y desaparecen cuando consideramos otros procesos o actividades que describimos bajo la palabra juego, a la vez que surgen nuevos parentescos. Esta compleja red de parentesco que vemos en el concepto de juego o cualquier otro concepto del lenguaje, es lo que Wittgenstein llama parecidos de familia:

*“Como se ha dicho: ¡no pienses, sino mira! Mira, por ejemplo, los juegos de tablero con sus variados parentescos. Pasa ahora a los juegos de carta: aquí encuentras muchas correspondencias con la primera clase, pero desaparecen muchos rasgos comunes y se presentan otros. Si ahora pasamos a los juegos de pelota, continúan manteniéndose varias cosas comunes pero muchas se pierden.- ¿Son todos ellos ‘entretenidos’?! Compara el ajedrez con el tres en raya. ¿O hay siempre un ganar y perder, o una competición entre los jugadores?... piensa ahora en los juegos de corro: aquí*

*hay el elemento del entretenimiento, ¡pero cuantos de los otros rasgos característicos han desaparecido! Y podemos recorrer así los otros muchos grupos de juegos. Podemos ver cómo los parecidos surgen y desaparecen.*

*Y el resultado de este examen reza así: vemos una complicada red de parecidos que se superponen y entrecruzan. Parecidos a gran escala y de detalle. No puedo caracterizar mejor esos parecidos que con la expresión «parecidos de familia»; pues es así como se superponen y entrecruzan los diversos parecidos que se dan entre los miembros de una familia.” (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 87)*

Esta red de parentescos que vemos en lo que llamamos juegos de lenguaje puede verse también en la analogía de las palabras del lenguaje humano con las herramientas de una caja de herramientas. Vemos que no hay ningún rasgo común entre las diferentes herramientas de una determinada caja que nos permita pensar que con base en un rasgo esencial se conformó la agrupación de la que hacen parte. Pues las herramientas que se incluyan en una caja de herramientas dependen por completo de las necesidades y finalidades de la persona que hace uso de ellas en una determinada actividad natural humana.

De esta manera vemos, que así como el uso o función de las palabras dependen del juego de lenguaje en que son usados, de la misma forma las herramientas de la caja tienen los más variados usos y funciones, los cuales pueden variar dependiendo de quién los use, ya sea un albañil, un mecánico,



un arquitecto o un carpintero, de modo que nuevas herramientas y usos pueden surgir con el tiempo de acuerdo al contexto de la actividad en el estas son usadas.

Al igual que las diferentes herramientas de la caja de herramientas, el lenguaje no debe ser visto como un instrumento que realiza una única función esencial y que sirve para un único propósito, sino que por el contrario éste debe ser visto como un juego en el que tienen lugar diversas reglas y modos de usos.

También podemos considerar la familia de los números. Estos son llamados así porque de una u otra forma tienen un parentesco con otras construcciones a las que hemos llamado número, no porque un tipo de número en especial sea necesario para la categoría de número. Pues nuevos tipos de números pueden surgir y serán considerados como tal en función de su parentesco y semejanzas con lo que llamamos número, y no porque haya algún tipo de entidad metafísica o esencial que me permita llamarlos así:

*“Extendemos nuestro concepto de número como cuando al hilar trenzamos una madeja hilo a hilo. Y la robustez de la madeja no reside en que una fibra cualquiera recorra toda su longitud, sino en que se superpongan muchas fibras.”*  
(Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, 1988, pág. 87)

Así pues, del mismo modo como el conjunto de hilos entrelazados entre si es lo que hace la madeja y no un hilo específico o un número fijo de hilos, de igual manera no es una entidad esencial o metafísica lo que hace

que llamemos número a un número, sino los diversos parentescos que se superponen y entrecruzan entre estos.

Ahora bien, con el concepto de parecidos de familia Wittgenstein pretende eliminar por completo la tendencia a pensar que el concepto de juego o cualquier otro concepto general es la suma lógica de los correspondientes conceptos parciales o conceptos individuales emparentados entre sí.

En otras palabras, ésta noción es un rechazo a la idea de que un concepto general es una propiedad común de todos sus casos particulares, y que en consecuencia debe haber algo común a estos, y esta propiedad común y esencial es la justificación de que se aplique el concepto general al conjunto de actividades que describimos bajo ese concepto.

Para Wittgenstein pensar de esta manera, implica delimitar rígidamente el campo de aplicación de nuestras palabras según reglas estrictas de utilización o definiciones filosóficas, que de alguna u otra forma nos entorpecen y no nos permiten ver con claridad en esos conceptos particulares o individuales una extensión más del concepto general.

Así por ejemplo, el concepto de número, tal y como afirma Wittgenstein (Gramática Filosófica, 1992, pág. 219), no designa un concepto exactamente delimitado, no es un concepto cerrado por reglas definidas, sino que por el contrario depende de nosotros llamar también números a otras construcciones semejantes a estas o establecer límites definitivos aquí o en

otra parte. De esta manera, podemos ver que entre los números contamos a los números cardinales, a los racionales, a los irracionales, a los complejos, etc.

Del mismo modo podemos extender también el concepto de juego, a través de la construcción o invención de nuevas actividades humanas emparentadas con aquello que llamamos juego, y no solo podemos extender los conceptos de número y juego, sino que también podemos extender cualquier otro concepto de nuestro lenguaje:

*“La pregunta: ‘¿Cómo está limitado el concepto general de proposición?’ debe ser contrastada con esta otra: ‘pero, ¿tenemos un solo concepto general de proposición?’... La palabra ‘proposición’ no designa un concepto exactamente delimitado. Si queremos poner al lado del uso que hacemos de esta palabra un concepto con límites precisos, somos libres de definirlo, de la misma manera que somos libres de limitar el significado de la medida primitiva de ‘un paso’ a 75 cm.” (Wittgenstein, Gramática Filosófica, 1992, págs. 217-219)*

De la noción de parecidos de familia propuesto por Wittgenstein, se desprenden varias cosas:

En primer lugar, exhibir como se ha dicho anteriormente, la falta de límite de los conceptos y los significados de las palabras. No hay entonces una definición que circunscriba a priori el campo de aplicación de los conceptos o las palabras. Ya que los conceptos poseen diferentes cuerpos

de significado, cumplen diferentes funciones dentro de los juegos de lenguaje. Así señala Wittgenstein:

*“Las palabras del lenguaje, al igual que las palancas en la cabina de control de una locomotora, tienen diferentes funciones; ellas mismas son, en cierto sentido, como palancas”. (Wittgenstein, Gramática Filosófica, 1992, pág. 109)*

En segundo lugar, dejar claro que las palabras no necesitan tener definiciones precisas para que funcionen. Muchas veces lo único que podemos ofrecer para mostrar nuestra habilidad en el uso de una palabra es un ejemplo, o una metáfora, es decir, la descripción de uno de los fenómenos particulares que compone el concepto, o el establecimiento de un caso intermedio que me permita ver la similitud entre el uso de una palabra y el de otra con el objetivo de comprender una de ellas.

De esta manera, vemos que usar ejemplos, muestras o analogías es prueba para Wittgenstein de la naturaleza normativa de los conceptos: Los ejemplos y las analogías funcionan como casos paradigmáticos, como reglas que permiten comprender el uso de un concepto:

*“¿Qué significa saber que es un juego? ¿Qué significa saberlo y no poder decirlo? ¿Es este saber equivalente de algún modo a una definición no formulada? ¿De modo que, si se formulara, yo podría reconocerla como la expresión de mi saber? ¿No está mi saber, mi concepto de juego, enteramente expresado en la explicación que pude dar? Esto es, en que yo describo ejemplos de juegos de diversas*

*clases; muestro cómo pueden construirse por analogía con éstos todas las clases posibles de juegos distintos; digo que casi ya no llamaría un juego a esto y aquello; y más cosas por el estilo.” (Wittgenstein, Investigaciones filosóficas, 1988, pág. 95)*

En tercer lugar, construir una idea de los conceptos anti esencialista. Ya que lo que la palabra conceptual indica desde este punto de vista es simplemente una afinidad entre objetos y situaciones. Esto sugiere que en la formación de los conceptos, en vez de explicarlos mediante patrones de racionalidad a priori o propiedades generales de los objetos, debemos colocar el acento en las situaciones y actividades humanas que visualizan, construyen y acentúan esas similitudes. De aquí, que los conceptos se hayan estrechamente relacionados con nuestra vida natural y nuestra vida cotidiana. Pues los conceptos no sólo son un conjunto de normas que rigen nuestra práctica lingüística, sino también destrezas y habilidades ganadas por el adiestramiento, reacciones naturales que han sido endurecidas por la vida, y que expresan la complejidad de la vida humana.

Lo que implica que no debemos considerar a nuestros conceptos como los únicos verdaderos, ya que estos reflejan tanto lo que nos interesa como hechos concretos de nuestra historia natural. De este modo, vemos que entender a los conceptos como conceptos-familia nos ayuda mucho a comprender la manera como estos pueden categorizar y adaptarse a una realidad compleja como la nuestra.

La noción de juegos de lenguaje, tal y como hemos visto, es una crítica a la idea de que más allá del lenguaje humano hay ciertas entidades extralingüísticas (ya sean éstas ontológicas, empíricas o psicológicas) que lo determinan, y que en consecuencia, le dan sentido y vida a las palabras del lenguaje. En otras palabras, nos aparta de la tentación de adherir el lenguaje a un uso metafísico, a la búsqueda de objetos correspondientes a las palabras, como si el significado de éstas fuese algo que coexistiera con ellas.

De esta manera, podemos ver que ésta noción wittgensteiniana repercute sobre el modelo de Frege, pues para éste los procesos de significación de las palabras tienen un carácter psicológico, mental. Pues de acuerdo con Frege, la captación del sentido de una expresión implica necesariamente una actividad mental. Es decir, la captación de un pensamiento como verdadero (sentido de la palabra o expresión) depende por completo de algo que va más allá del lenguaje mismo, en este caso, de algo psicológico.

La noción de juegos de lenguaje nos invita a apartarnos del modelo fregeano de los conceptos, ya que no hay entidades extralingüísticas que operen como criterios definitorios o como reglas de utilización fijas para el uso y significado de las palabras. Pues las palabras de nuestro lenguaje son como herramientas que cumplen cada una de ellas distintas funciones y usos tan variados como variados son las innumerables prácticas humanas con las que se encuentran entrelazados. Ya no son entonces, entidades

extralingüísticas las que confieren significado a las palabras, sino las actividades en las que éstas son usadas.

Así pues, se ha eliminado la idea de la comprensión como algo psicológico, que presupone la aprehensión del concepto en la mente “de golpe”, como algo acabado y fijo. La comprensión del lenguaje ya no está asociada a entidades que se encuentran más allá de éste, sino a reglas gramaticales, que como veremos en el capítulo que sigue, no se encuentran determinadas por ningún tipo de entidad extralingüísticas (ya sean ontológicas, empíricas o psicológicas) sino que son autónomas, y colocan el énfasis del lenguaje en modos de uso entretnejidos con actividades humanas, las cuales nos adiestran en el uso de las palabras.

## **Autonomía de la gramática.**

Habiendo analizado en el capítulo anterior la crítica de Wittgenstein a la imagen agustiniana desde la noción de juegos de lenguaje, me ocuparé ahora de analizar la tesis de la autonomía o arbitrariedad de la gramática en Wittgenstein, pero para ello, me dedicaré en un primer momento a analizar el concepto de gramática, la distinción de éste concepto con el de sintaxis lógica, y cuáles son las consecuencias de éste concepto en nuestra manera de comprender nuestro lenguaje y su estructura. Seguido de esto, pasaré a analizar la noción de autonomía, y los distintos tipos de argumentos que propone Wittgenstein para rechazar cualquier intento de justificar las reglas gramaticales.

El análisis del concepto de gramática es importante en la medida que nos permitirá comprender con mayor amplitud el enfoque metodológico propuesto por Wittgenstein en lo que respecta a la comprensión del lenguaje humano, y su rechazo de cualquier intento de hacer depender el significado de las palabras a entidades extralingüísticas. Pues dicho análisis nos permitirá ver que el lenguaje no se encuentra sujeto o adherido a una mitología del simbolismo, es decir, que no hay una entidad ontológica, empírica o psicológica que sirva como sustento del lenguaje, que le de vida a las palabras y que sólo a luz de tales propiedades puedan éstas adquirir algún sentido.



Para Wittgenstein, tal y como veremos más adelante, el concepto de gramática dentro de su nueva metodología le da un giro al significado de las palabras, despojándolo de cualquier sentido metafísico y colocando su énfasis en algo mucho más concreto, tales como el uso, las posibilidades de uso y las distintas actividades humanas en las que éstas son usadas. Con ello elimina por completo el espasmo mental que se produce en nosotros al preguntarnos por esencias y demás entidades extralingüísticas, producto de la falsa comprensión de la lógica del lenguaje.

Al asociar el significado de las palabras a prácticas humanas, Wittgenstein logra liberar al lenguaje y a la gramática de falsas imágenes pre-teóricas que las hacía depender de algo más allá de ellas, otorgándole a la gramática una autonomía y arbitrariedad sobre entidades extralingüísticas. Es decir, imposibilita a tales entidades de servir como justificación del lenguaje y sus reglas. Habiendo explicado la importancia del concepto de gramática y su autonomía en la nueva metodología de Wittgenstein, me ocuparé ahora de desarrollar lo propuesto en la introducción de este capítulo.

De acuerdo con Ferreyro en su tesis *“La autonomía del lenguaje en Wittgenstein”* (Ferreyro, 2010, pág. 45), cuando Wittgenstein escribió el *Tractatus* pensaba que podía ofrecer las condiciones de significatividad de todo lenguaje posible. Pensó que la función esencial de nuestro lenguaje era representar lógicamente y pictóricamente los hechos del mundo.

Es decir, consideraba que el lenguaje era una figura lógica de la realidad, y que por consiguiente, en términos del propio autor, hacíamos uso del signo sensiblemente perceptible de la proposición o los nombres o signos simples empleados en la proposición como una proyección del estado de cosas posibles, como una relación proyectiva con el mundo. Pues para Wittgenstein esta era la esencia de todo lenguaje:

*“La esencia del signo proposicional se hace muy clara cuando lo imaginamos compuesto de objetos espaciales (tales como mesa, sillas, libros) en vez de signos escritos.*

*La recíproca posición espacial de estas cosas expresa el sentido de la proposición.” (Wittgenstein, Tractatus lógico-philosophicus, 1973, pág. 24)*

Además, Wittgenstein creía o pensaba que había ciertas reglas que determinaban las posibilidades lógicas de combinación de los signos en la estructura del lenguaje, para formar proposiciones significativas sobre las cuales era posible toda proyección pictórica o figurativa del mundo. A estas reglas las llamó sintaxis lógicas o gramática lógica.

Estas reglas denominadas sintaxis lógicas se hallaban ocultas en términos de Wittgenstein bajo la superficie de los lenguajes naturales y sólo el análisis lógico de nuestro lenguaje ordinario podía descubrirlas. Sin embargo, estas reglas o verdadera estructura lógica de las proposiciones de nuestro lenguaje se mantenían ocultas bajo el disfraz o la vestimenta del

lenguaje mismo, por lo que para Wittgenstein éramos incapaces de dar cuenta de tales reglas aun cuando las usáramos de la manera correcta:

*“Es humanamente imposible captar inmediatamente la lógica del lenguaje.*

*El lenguaje disfraza el pensamiento. Y de tal modo, que por la forma externa del vestido no es posible concluir acerca de la forma del pensamiento disfrazado; porque la forma externa del vestido está construida con un fin completamente distinto que el de permitir reconocer la forma del cuerpo.*

*Los acomodamientos tácitos para comprender el lenguaje corriente son enormemente complicados.” (Wittgenstein, Tractatus lógico-philosophicus, 1973, pág. 33)*

Ahora bien, lo más curioso de todo esto, de acuerdo con Esteban Ferreyro (Ferreyro, 2010, pág. 46), es que aun cuando alcanzáramos un conocimiento de tales reglas por medio del análisis lógico de nuestro lenguaje cotidiano u ordinario, dichas reglas no podrían ser expresadas en proposiciones. Debido a que como la significatividad del lenguaje depende de la representación pictórica de los estados de cosas o hechos atómicos, y como las reglas de la sintaxis lógica no son hechos sino condiciones lógicas de toda posible significatividad del lenguaje, éstas no pueden enunciarse con sentido, no pueden ser expresadas proposicionalmente. Pues no hacen parte del mundo, sino del lenguaje, constituyen la forma lógica de éste:

*“La proposición puede representar toda la realidad, pero no puede representar lo que debe tener de común con la realidad para poder representar- la forma lógica.*

*Y para poder representar la forma lógica debemos poder colocarnos con la proposición fuera de la lógica, es decir fuera del mundo.*

*La proposición no puede representar la forma lógica, se refleja en ella. Lo que en el lenguaje se refleja, nosotros no podemos expresarlo por el lenguaje.” (Wittgenstein, Tractatus lógico-philosophicus, 1973, págs. 41-42)*

De esta manera, usamos de acuerdo a esta vieja concepción del lenguaje (como figura lógica de la realidad) del primer Wittgenstein, reglas lógicas a las que jamás podríamos apelar, por ejemplo, para justificar el uso que hacemos de una expresión o palabra. Pues éstas se hallan ocultas en el lenguaje. No son enunciables, no dicen nada.

Sin embargo, ya en el segundo Wittgenstein vemos un cambio radical en su concepción de lenguaje, y por lo tanto, en su noción de regla. Abandona por completo la teoría denotativa de los nombres, pues deja de ver el lenguaje o el signo proposicional como una figura lógica del mundo, que adquiere un sentido lógico y significativo en función a la representación de ciertos objetos nombrados a través de los signos simples de la proposición: los nombres, los cuales representan en la proposición al objeto, el cual constituye el significado de éstos.

Pues para Ferreyro (Ferreyro, 2010, págs. 46-47), Wittgenstein pasa a estudiar el lenguaje como una parte de la forma de vida humana, de las prácticas sociales, y que se encuentra entretelado con muchas otras actividades. Una consecuencia de ello, es que deja de ver a las reglas como algo oculto, disfrazado e independiente de las actividades de las que forma parte el lenguaje como fenómeno natural, para considerarlas como algo visible y que desempeña un papel importante en el contexto de tales acciones. De esta manera, afirma Tomassini:

*“Así pues, “gramática” significa para Wittgenstein fundamentalmente un sistema de regulaciones lingüísticas-fijado en conexión con actividades en virtud de las cuales el lenguaje es posible y útil. Podemos, en ese sentido, hablar de la gramática de un lenguaje dado.” (Tomassini, 2005, pág. 44)*

El lenguaje es entendido ahora como una actividad humana en el contexto más amplio de una forma de vida. Así, ha colocado Wittgenstein en su justo lugar la importancia del lenguaje, las conductas humanas, las acciones y los criterios que usamos para explicar nuestro uso de las palabras. Unido a esto hay que agregar de acuerdo a esta nueva concepción del lenguaje humano, el énfasis en el uso o función de las palabras y no en objetos o entidades empíricas, ontológicas o psicológicas.

Así pues, Hablar de reglas es hablar de reglas para el uso de las palabras, por tal razón, un análisis de la naturaleza y papel de los conceptos

o palabras de nuestro lenguaje implica un análisis de las palabras como herramientas que cumplen funciones determinadas en nuestra vida.

Al pasar del concepto de sintaxis lógicas al de gramática, Wittgenstein no sólo abandona la idea de una gramática lógica oculta, sino que también pone de manifiesto el hecho de que los conceptos del lenguaje surgen de la acción humana, de las formas de vida, y que por lo tanto, el significado de éstos no está ya conectado a ciertos objetos o entidades denotadas lingüísticamente, sino más bien a actividades humanas. Pues son estas actividades las que nos adiestran en el uso de una palabra.

En este sentido, afirma Tomassini, que al abandonar la teoría denotativa de los nombres y hacer suyo el punto de vista de que el significado de una expresión está dado por su uso, Wittgenstein tiene que abandonar la idea de que es posible formular un sistema de principios formales que nos expliquen cómo es posible la significación. Pues en términos de Tomassini, ya no puede haber reglas a priori para explicarnos el funcionamiento y la estructura de nuestro lenguaje, puesto que el significar como parte de la estructura gramatical del lenguaje se encuentra conectado a situaciones humanas y naturales y no a principios formales a priori o racionales:

*“El estudio de los juegos de lenguaje muestra que significar o querer decir es algo que está conceptualmente ligado a las acciones de los usuarios, a las situaciones, circunstancias, contextos, y estos no son calculables o previsibles a priori.*

*De este modo, así como la lógica nos daba antes “el andamiaje” estático del lenguaje, ahora la “estructura” dinámica nos es dada por lo que podría quizás ser visto como reglas, pero a las que descubrimos o llegamos no mediante estipulaciones o convenciones, sino mediante las descripción del uso de las expresiones.” (Tomassini, 2005, pág. 43)*

Esta nueva visión del lenguaje y de la gramática se puede rastrear en todas las obras del segundo Wittgenstein. Podemos tomar como un ejemplo de esto, el texto de las *“Lecciones sobre estética”*. En este texto vemos que para Wittgenstein (Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa, 1992, pág. 657), la investigación estética no se centra en la forma de las palabras de “bello” o “feo”, sino en el conjunto de actividades humanas en las que éstas son usadas. Es decir, en las situaciones enormemente complicadas en las que la expresión estética tiene lugar, en la que esa misma expresión ocupa de por sí un lugar insignificante. En la medida, que es a partir de la evaluación de las situaciones o actividades en las que se encuentran atravesadas las experiencias estéticas y en el que tienen lugar las palabras de “bello” y “feo”, que capturamos el sentido del lenguaje estético.

De esta manera, La gramática ya no apunta a entidades racionales, ontológicas, empíricas, psicológicas o a estructuras lógicas de la realidad sobre la cuales puedan configurarse estas mismas reglas como figuras representativas o descriptivas, con un significado denotativo (como ocurre

con el concepto de sintaxis lógica), sino a actividades naturales humanas. Es decir, así como sucedía con las reglas de la sintaxis lógica, las de la gramática determinan los límites del sentido, establecen cual es la conducta lingüística correcta en cada situación. Pero a diferencia de ellas, las reglas de la gramática no reflejan una estructura metafísica inefable. En realidad no reflejan nada. Éstas son más bien como afirma Ferreyro (Ferreyro, 2010, pág. 47) reglas constitutivas de los modos de interacción en las sociedades.

Para Ferreyro otra diferencia entre el concepto de sintaxis lógica y de gramática, es que esta última no es universal. Pues para Wittgenstein, en los juegos de lenguaje no subyace un sistema general de reglas que universalice el uso de tales juegos de lenguaje, sino que éstos por el contrario se encuentran gramaticalmente conectados con prácticas humanas que los condicionan, es decir, con hechos concretos de nuestra historia natural. Lo que implica que no debemos considerar a nuestros juegos de lenguaje como los únicos verdaderos.

Pues éstos como destrezas y habilidades ganadas por adiestramiento, como reacciones naturales que han sido endurecidas por la vida, y que expresan la complejidad de la vida humana, poseen estructuras gramaticales asociadas a distintas prácticas, por lo que pueden variar en función a cada práctica social a la que pertenecen. Así, formas de vida humana distintas a las nuestras pueden tener conceptos diferentes y distintos a los nuestros:

*“Cada lenguaje, cada juego de lenguaje, posee sus propias reglas particulares, y a estas no subyace ningún sistema*



*general de reglas que deba compartir con la realidad para que haya significado. La significatividad, como vimos, se haya ligada a las condiciones en que una expresión es usada como parte de las practicas comunitarias.” (Ferreyro, 2010, pág. 47)*

De este modo vemos que para Ferreyro, las reglas gramaticales como reglas constitutivas de los significados de nuestras expresiones o conceptos no son las reglas que gobiernan a todo lenguaje posible, no hay razón para pensar en la estructura de nuestro modo de expresión o lenguaje como algo necesario. Es decir, para Ferreyro esta perspectiva naturalista de este modo de estudiar el lenguaje y la gramática ha quitado la cláusula de necesidad de las definiciones esencialistas, y ello implica que no es posible decir ahora que si algo no satisface ciertos requisitos, ya no será un lenguaje.

En este sentido, nos desprendemos de la necesidad de comparar constantemente nuestro lenguaje con un sistema de cálculos que opera en función a reglas estrictas, y por lo tanto, de la falsa creencia de que quien pronuncia una palabra y la comprende realiza con ello un cálculo según reglas definidas.

Es decir, nos despojamos de esa manera unilateral de considerar a nuestro lenguaje como un cálculo sujeto a reglas de utilización o definiciones necesarias para cualquier uso de palabras, como un sistema general al que debe responder cualquier juego de lenguaje independientemente de la práctica humana en la que se encuentra entretelado.

En otras palabras, dejamos de considerar cualquier uso de los conceptos distintos a los nuestros como falsos, pues lo que vemos son estructuras gramaticales distintas a la nuestras, y que por consiguiente responden a otras prácticas humanas, no vemos juegos de lenguaje y reglas definidas universalmente, sino multiplicidad de reglas asociadas a distintos juegos y formas de vida. Nos despojamos por completos de definiciones esencialistas:

*“Pues no solo no pensamos en las reglas de utilización – definiciones, etc.- mientras estamos usando el lenguaje, sino que, cuando se nos pide que indiquemos tales reglas, en la mayoría de los casos no somos capaces de hacerlo. Somos incapaces de delimitar claramente los conceptos que utilizamos; y no porque no conozcamos su verdadera definición, sino porque no hay “definición” verdadera de ellos. Suponer que tiene que haberla, sería como suponer que siempre que los niños juegan con una pelota juegan un juego según reglas estrictas.” (Wittgenstein, Los cuadernos azul y marrón, 1993, pág. 54)*

Ahora bien, después de haber abordado las implicaciones del concepto de gramática en nuestro modo de comprender el lenguaje y su estructura, es necesario que nos enfoquemos ahora, en la idea que pretendo analizar en este capítulo: la tesis de la arbitrariedad o autonomía de la gramática en Wittgenstein.

He señalado más arriba que las reglas de la gramática no reflejan una forma lógica o un conjunto de esencias independientes del lenguaje. Esto es,

no son reglas empírico-descriptivas, sino más bien reglas prescriptivas y normativas que determinan el uso de nuestros conceptos y las actividades en las que dicho uso tiene lugar. De esta manera, afirma Michael Forster:

*“Just as the rules of a game are not assertions but instead more like commands or imperatives, similarly grammatical rules are not assertions but more like commands, commandments, or categorical imperatives.” (Forster, 2004, pág. 8)*

En otras palabras, las reglas de la gramática son reglas constitutivas de los conceptos de nuestro lenguaje. Son reglas definitorias del concepto cuyo uso regula dentro de la lógica del lenguaje. Es decir, son reglas que crean nuevas formas de uso y de prácticas lingüísticas que sólo pueden ser descritas en función a ellas. De este modo, estas prácticas lingüísticas o modos de uso sólo pueden existir si existe la regla, sólo pueden describirse de un modo que no sería posible si la regla no existiese, pues sólo a través de estas reglas es que adquieren un sentido, tienen vida dentro del sistema de lenguaje. Ahora bien, el que estas reglas gramaticales determinen el sentido de nuestras prácticas lingüísticas o conceptos pone de relieve la arbitrariedad de las mismas:

*“Depende entonces enteramente de nuestra gramática a que puede llamarse posible y a que no; a saber, lo que esa gramática permite. ¡Pero eso es arbitrario!” (Wittgenstein, Gramática Filosófica, 1992, pág. 247)*

De acuerdo con Ferreyro (Ferreyro, 2010, pág. 39), las expresiones de arbitrariedad y autonomía no se refieren a la absoluta independencia de las formas lingüísticas respecto del mundo, que nada puede condicionar nuestras prácticas. Lo que se niega con la tesis de la autonomía no es el hecho de que con nuestro lenguaje podamos hablar de cosas que son independientes de él, sino que esas cosas puedan identificarse con los significados de nuestros conceptos o que la estructura del lenguaje sea un reflejo de la realidad, una pintura, una figura lógica.

De hecho Wittgenstein acepta que existe un marco natural que condiciona nuestras prácticas lingüísticas, aunque no imponga una única estructura a las reglas de nuestra gramática:

*“Pero, ¿acaso la naturaleza no tiene nada que decir aquí? ¡Cómo no! – solo que eso se hace perceptible de una manera distinta. “¡tarde o temprano toparán con la existencia y la no-existencia!” pero eso significa toparse con hechos, no con conceptos.” (Wittgenstein, Zettel, 1997, pág. 68)*

Wittgenstein reconoce que la arbitrariedad de la gramática no es total, pues nuestra forma de vida humana, nuestra biología y nuestra interacción con el mundo, influyen en la manera como formamos nuestros conceptos. Esto es, la arbitrariedad de las conexiones gramaticales tiene sus límites. Pero a estos, no los fija el mundo o propiedades esenciales, rasgos necesarios de la realidad, sino hechos naturales y contingentes, y sobre todo las posibilidades de la acción humana. Así pues, señala Tomassini:

*“Hay ciertos hechos (contingentes) sobre la base de los cuales las conexiones conceptuales que nos rigen se conformaron al irse constituyendo nuestro lenguaje. Estos hechos, es cierto, son posibles causas de nuestra gramática, solo que la explicación causal es en este contexto irrelevante... por ejemplo, el hecho de que tengamos los dedos que tenemos y como los tenemos, lo cual ciertamente podría haber sido diferente, contribuyó a la creación del sistema que llamamos “decimal” y, más en general, de la aritmética que tenemos, y en algún sentido, junto con otros factores, la “causó”. Pero es evidente que esta relación causal no es relevante para la comprensión de la aritmética, sino únicamente y a lo sumo para la de su proceso de gestación.” (Tomassini, 2005, pág. 60)*

Lo que Wittgenstein nos intenta mostrar con la tesis de la arbitrariedad de la gramática, es que ésta no responde a hechos empíricos, que no son estos hechos una necesidad intrínseca a tales reglas, que la determinen y al que la gramática deba rendir cuentas en el modo de uso de una expresión:

*“la gramática no tiene que rendirle cuentas a ninguna realidad. Las reglas de la gramática determinan el significado (lo constituyen) y, de esa manera, no son responsable de ningún significado siendo también, en esa medida, arbitrarias.” (Wittgenstein, Gramática Filosófica, 1992, pág. 361)*

Es decir, la tesis de la autonomía o arbitrariedad del lenguaje, tal y como afirma Ferreyro, involucra el rechazo de la posibilidad de justificación y de la determinación de la gramática por parte del mundo y a la vez el

reconocimiento de un condicionamiento por parte de este. Así pues, vemos que no es el mundo quien juzga a nuestra gramática, sino que por el contrario es la gramática misma la que condiciona conceptualmente nuestra forma de ver y comprender el mundo en el que vivimos, es la gramática la que juzga la realidad.

De esta manera, vemos que la gramática no se encuentra compuesta de proposiciones con valor de verdad, sino de reglas, imperativos, principios normativos. Los principios de la gramática constituyen los conceptos, y estos conceptos a su vez determinan, prejuzgan lo que nosotros entendemos como un hecho de la realidad. También establecen una norma para enjuiciar esos hechos. Wittgenstein los compara como patrones de medida.

Así, lo que un hecho es nosotros lo determinamos por medio de nuestra regulación conceptual. Los conceptos desde esta perspectiva son formas de representación: ellos nos guían para ver la realidad de determinada manera. Nos orientamos por ellos y elegimos no dudar de la manera como ellos moldean nuestro pensamiento:

*“Las reglas de la gramática son arbitrarias exactamente en el mismo sentido en el que lo es la elección de una unidad de medida. Pero eso puede significar únicamente que esa elección es independiente de la longitud del objeto de la medida y que la elección de una unidad no es “verdadera” o “falsa” a la manera en la que un enunciado de longitud es verdadero o falso. Por supuesto, esto es solamente una observación acerca de la gramática de la expresión “unidad*

*de medida”.*” (Wittgenstein, *Gramática Filosófica*, 1992, pág. 363)

De esta manera, vemos que para Wittgenstein no podemos evaluar a la gramática de nuestros conceptos en términos de un sistema de función de verdad. Esto lo deja claro cuando compara a las reglas de la gramática con las reglas de la cocina. En esta comparación, Wittgenstein (*Gramática Filosófica*, 1992, pág. 361) no sólo intenta rechazar toda justificación pragmática de las reglas gramaticales como lo explicaré más adelante, sino que también intenta eliminar cualquier intento metafísico o cientificista de definir veritativamente (en términos de valores de verdad) las proposiciones a las que rige nuestra gramática.

Pues para Wittgenstein, a diferencia de las reglas de la cocina, las de la gramática no pueden ser evaluadas en términos de correcto o incorrecto *“no puede haber una discusión de si estas reglas u otras reglas son las correctas para el uso de la palabra “no” (es decir, si son las adecuadas para su significado).*” (*Gramática Filosófica*, 1992, pág. 361)

por esta razón, Wittgenstein afirma (*Gramática Filosófica*, 1992, pág. 361), que quien a la hora de cocinar se guía u orienta por reglas que no sean la correctas o las adecuadas para sus pretensiones culinarias, evidentemente cocinará mal, pero quien seguía por reglas que no sean las del juego del ajedrez, no usa de manera incorrecta tales reglas, simplemente no está jugando el juego, juega a otra cosa; y alguien que se guía por reglas gramaticales diferentes a las que son usuales en el uso de una expresión de

nuestro lenguaje, no dice por eso en términos de Wittgenstein algo incorrecto, solo está hablando de otra cosa.

En este sentido, indicativos o expresiones gramaticales como “tome la ruta 91 y luego salga por la salida 5” o “valla a la cama inmediatamente” no tienen ningún valor de verdad, no hay algo con lo que podamos comparar tales expresiones para determinar si son correctas o incorrectas. Si yo digo a alguien doble a mano izquierda y ahí encontrará el banco y esa persona no sigue la indicación, sino que por el contrario dobla a la izquierda, no por ello decimos que la indicación “doble a la izquierda” era incorrecta, sólo no se siguió o comprendió la indicación, quien falla no es el lenguaje sino la persona a la hora de seguir la orden.

Así pues, vemos que las expresiones arriba mencionadas no tienen ningún valor veritativo, pues sólo responden a reglas prescriptivas, normativas:

*“That it need not do so is obvious enough. That it should not do so can be seen from the following examples of meaningful sentences in the indicative mood which are nonetheless innocent of truth and falsehood: “you take route 91 and then turn off at exit 5”; “you will go to bed immediately.” (Since these sentences are both implicitly imperatival in nature, neither is capable of truth or falsehood).” (Forster, 2004, pág. 52)*

Podemos ver de este modo, que estas oraciones parecen proposiciones verdaderas, de hecho parecen proposiciones necesariamente



verdaderas. Sin embargo, esto es propio de los principios o normas gramaticales: parecen camuflarse como enunciados de la realidad, cuando de hecho son reglas de nuestro uso del lenguaje y expresan de igual manera nuestras reacciones naturales frente a la realidad. Su origen de esa forma no es de hecho empírico, sino nosotros mismos en tanto humanos, son principios creados por nosotros en el sentido que responden a nuestra vida, y de allí su necesidad:

*“El suelo sobre el que se apoya el lenguaje, por decirlo de algún modo, no son cosas, sino acciones. Y esas acciones no son las de un individuo, sino las de una comunidad. Son prácticas sociales, instituciones, formas de vida.” (Ferreyro, 2010, pág. 112)*

Ahora bien, con respecto a la autonomía o arbitrariedad de nuestra gramática, se pueden resaltar dos tipos de tesis: la tesis epistemológica y la tesis semántica de la autonomía.

De acuerdo con la primera tesis, no se puede justificar a una gramática, pues ella es el principio mismo de toda justificación y juicio posible que hagamos de la realidad. Mientras que la segunda tesis, señala que las reglas de la gramática no pueden estar determinadas por la realidad, y por consiguiente, puede ser considerada como una consecuencia que se desprende de la primera tesis. En relación con la tesis epistemológica, cabe señalar que ésta se encuentra dirigida a dos tipos de justificaciones, aquellas que apelan a las descripciones de hechos para su justificación (denominadas factualistas), y aquellas que pretenden justificar las reglas de la gramática

apelando a la realización de un propósito o fin determinado (instrumentalista). A continuación trataré de analizar estos dos tipos de intento de justificar una regla gramatical.

Ante el intento factualista de justificar una regla gramatical, Wittgenstein afirma:

*“Es frecuente la tentación de justificar las reglas de la gramática mediante enunciados de este tipo: “pero realmente existen cuatro colores primarios.” En contra de la posibilidad de esta justificación que se construye conforme al modelo de justificar un enunciado indicando su verificación, se arguye la tesis de que las reglas de la gramática son arbitrarias.” (Wittgenstein, Zettel, 1997, pág. 63)*

Para Wittgenstein no podemos justificar una gramática apelando a un argumento empírico-descriptivo de los colores, como si éstos fueran propiedades del mundo o cualquier tipo de entidades que poseen una existencia fáctica independientemente del lenguaje y de las reglas constitutivas de dicho lenguaje.

Pues para Wittgenstein los colores no son propiedades físicas del mundo que podemos captar independientemente de cualquier tipo de construcción conceptual o lingüística que hagamos de aquello que entendemos como un hecho. Los colores no son tampoco estímulos neurológicos o fisiológicos, estados neuronales que podamos explicar a través de nuestro sistema nervioso, puesto que ello implicaría una justificación neuronal de nuestra gramática que atentaría en contra de la

autonomía de la misma. Éstos tampoco son en términos de Wittgenstein, experiencias visuales contenidas en la conciencia, actos de percepción que podamos explicar a través del estudio de nuestros estados de conciencia. Debido a que la gramática de nuestros colores quedaría determinada por algo independiente de ella: la conciencia. Los colores, sus reglas, sus relaciones, las afirmaciones que hacemos de ellos, sus necesidades e imposibilidades, son más bien construcciones conceptuales de nuestra gramática, que sólo pueden ser explicados gramaticalmente a la luz de nuestro lenguaje, son paradigmas conceptuales sobre los cuales juzgamos el mundo:

*“Sin embargo, ¿no se puede decir, en cierto sentido, que la gramática de los colores caracteriza al mundo tal como de hecho es? Se quisiera decir: ¿no puedo buscar realmente en vano un quinto color primario? ¿Acaso no se agrupan los colores primarios porque tienen una semejanza entre sí o, al menos, los colores justo porque tienen semejanza entre sí en contraste, por ejemplo, con las formas o los tonos musicales? ¿O es que ya he concebido en mi cabeza una idea paradigmática si establezco esta división del mundo como la correcta? De tal idea, en ese caso, solo puedo decir algo así: “en efecto, este es el modo en el que consideramos las cosas”, o bien: “justamente este tipo de imagen queremos formarnos”.” (Wittgenstein, Zettel, 1997, pág. 63)*

Otra manera de intentar justificar la gramática de nuestro lenguaje dentro de los argumentos factualistas, es la apelación a las proposiciones de la matemática. Sin embargo, de acuerdo con Wittgenstein, los enunciados

matemáticos no cumplen una función descriptiva, sino normativa. Wittgenstein los concibe como expresiones de reglas gramaticales que rigen el uso de los conceptos matemáticos en el lenguaje con el cual describimos el mundo empírico. Por tal razón, los enunciados de la matemática escapan a cualquier intento de justificación empírica:

*“For instance, one cannot justify the grammatical principle that  $2+2=4$  by appealing to the fact that whenever two pairs of things are put together they really do yield four things.”*  
(Forster, 2004, pág. 33)

En “*Observaciones sobre los fundamentos de la matemática*” (1978. Parte III, aforismo 24), Wittgenstein señala que no es ninguna prueba de que  $200+200=400$  el que nosotros pongamos en alguna parte 200 manzanas y 200 manzanas, y al contarlas salgan 400. Es decir, no usaríamos de buen grado ese hecho como un paradigma para enjuiciar todas las situaciones semejantes a menos que estemos seguros del resultado de la cuenta de manzanas, lo cual quiere decir que allí la experiencia no tiene nada que ver con nuestra seguridad.

En otras palabras, no tomamos de acuerdo con Wittgenstein, este hecho como un modelo de la adición de 200 y 200, por el contrario la demostración matemática ha de ser nuestro modelo de cómo esas operaciones tienen un resultado. Así pues, no es el mundo un criterio sobre el cual evaluamos los procedimientos matemáticos, sino que más bien, son

estos procedimientos un criterio de la adición correcta, un modelo o patrón bajo el cual juzgamos la realidad:

*“La demostración es nuestro modelo de la suma correcta de 200 manzanas y 200 manzana. Esto quiere decir que ella establece un nuevo concepto: “la suma conjunta de 200 y 200 objetos.” O también podría decirse: «un nuevo criterio de que nada ha desaparecido ni se ha desaparecido»... la demostración define la suma conjunta... la demostración es nuestro modelo de un determinado resultar, que sirve de objeto de comparación (patrón) para transformaciones reales.” (Wittgenstein, Observaciones sobre los fundamentos de la matemática, 1978. Parte III, aforismo 24)*

De esta manera, vemos que para Wittgenstein las proposiciones matemáticas no están determinadas o justificadas por la realidad, sino que más bien éstas transforman los hechos empíricos en paradigmas conceptuales para juzgar y compara hechos, cambia la gramática de nuestro lenguaje o conceptos crea nuevos conceptos, determinan el modo como operamos con esos conceptos, *“la demostración añade un nuevo paradigma a los paradigmas del lenguaje”* (Wittgenstein, Observaciones sobre los fundamentos de la matemática, 1978. Parte III, aforismo 31)

Ahora bien, Wittgenstein también señala que es imposible justificar una gramática apelando a descripciones de hechos del mundo, debido a que toda descripción de este tipo supone las reglas que pretende justificar. En otras palabras, no sólo no podemos justificar la gramática en función a

hechos empíricos como hemos señalado más arriba, sino que también todo intento de justificación de este tipo se torna circular:

*“Las reglas de la gramática no pueden justificarse mostrando que su aplicación hace coincidir representación y realidad. Porque esta misma justificación tendría que describir lo que se ha representado. Y si puede decirse algo en la justificación y su gramática lo permite, ¿Por qué no habría de ser igualmente permitido por la gramática que estoy tratando de justificar?” (Wittgenstein, Gramática Filosófica, 1992, pág. 365)*

Lo que Wittgenstein pretende mostrarnos, es que cuando pretendemos justificar una regla gramatical aducimos a enunciados o proposiciones que describen un estado de cosas o hechos empíricos, y con ello pretendemos mostrar que lo que se representa en las proposiciones que usa o rige el sistema de reglas refleja de manera correcta lo representado. Pero eso sólo puede hacerse cuando se proyecta en la proposición a las que aludimos para justificar la regla, a la regla misma.

En otras palabras, para refutar o falsear tales reglas habría que demostrar que tales conceptos son sin sentidos, pero para ello debemos tratar de describir ciertos hechos del mundo que hacen que tales conceptos sean sinsentidos. Pero estas descripciones deben incorporar en términos de Arrington la gramática de los propios términos en cuestión, y si las descripciones han de tener sentido, también deben tenerlo los conceptos

governados por estas reglas, por lo cual este intento de justificación se torna como plantea Arrington internamente incoherente:

*“Si los hechos descritos fuesen aducidos para verificar las reglas gramaticales, las descripciones de estos hechos descansarían de nuevo en las reglas gramaticales que rigen sus términos constitutivos. Tales descripciones constituirían entonces una petición de principio en lo que se refiere a la validez de estas reglas; el esfuerzo por justificar las reglas sería circular. Resulta entonces imposible describir o señalar hechos del mundo que justifiquen o invaliden las reglas gramaticales.” (Arrington, 2003, págs. 159-160)*

Después de haber abordado el argumento factualista y la imposibilidad de justificar las reglas de la gramática en función a dicho argumento, pasaré a analizar ahora otra manera de intentar justificar las reglas gramaticales, apelando no a hechos facticos del mundo como lo pretendía el argumento anterior, sino más bien apelando a los propósitos de un juego de lenguaje para justificar una de sus reglas. Es decir, este argumento de justificación pragmática apela a la relación entre las herramientas lingüísticas y al propósito al que estas sirven, es decir, a algo que queremos o deseamos alcanzar y que la regla promueve. De esta manera, evalúa el valor de una regla gramatical en función de su utilidad práctica. A este intento de justificación pragmática de las reglas, se le denomina instrumentalista.

Frente este intento de justificación, Wittgenstein afirma:

*“¿Por qué no llamo a las reglas de la cocina arbitrarias, y por qué estoy tentado a llamar arbitrarias a las reglas de la gramática? Porque “cocinar” se define por un propósito, en tanto que “hablar” no. A esto obedece que el uso del lenguaje sea autónomo, en cierto sentido en que no pueden serlo cocinar y lavar.” (Wittgenstein, Zettel, 1997, pág. 62)*

Vemos que para Wittgenstein las reglas de la cocina son susceptibles de justificación pragmática, puesto que cualquier regla de cocina puede ser verificada para determinar si produce o no comida sabrosa, algo que es totalmente independiente de ella. Mientras que las reglas de la gramática, a diferencia de las de la cocina, no se encuentran de acuerdo con Wittgenstein sustentadas o justificadas por un valor instrumental para lograr algún propósito humano determinado *“el lenguaje no se encuentra definido para nosotros como un arreglo que cumple una función determinada.”* (Wittgenstein, Gramática Filosófica, 1992, pág. 371)

En otras palabras, las reglas de la gramática no funcionan como algo que nos ayuda a alcanzar ciertos propósitos que nos hemos propuesto. Pues para Wittgenstein, no podemos evaluar el lenguaje en términos de un fin, debido a que este no funciona como algo que adquiere un sentido por medio de un propósito o realización estratégica. Para Wittgenstein nuestro lenguaje se parece más a una argumentación, en la medida que no se evalúa de acuerdo al éxito o fracaso de la persuasión, sino más bien por el hecho que se adecua a reglas:



*“Cuando quiero darle a un bloque de madera una forma determinada, cualquier corte que le dé esa forma es correcto. Pero no diría que un argumento que tiene las consecuencias deseadas es un argumento correcto (pragmatismo). Puedo llamar incorrecta a una operación de cálculo a pesar de que las acciones basadas en el resultado hayan conducido al fin deseado. (Compárese con el chiste: “yo le di al blanco y tu quieres enseñarme”). Eso muestra que las justificaciones son diferentes en ambos casos, e igualmente que “justificación” significa algo distinto en cada uno de ellos. En un caso puede decirse: “espera, ya verás que resulta lo justo (es decir, lo deseado).” En el otro caso, esa no es ninguna justificación.” (Wittgenstein, Gramática Filosófica, 1992, pág. 363)*

Para Wittgenstein (Gramática Filosófica, 1992, pág. 377) las reglas de la gramática son también parecidas a las reglas de un juego de ajedrez. Pues las reglas de este último, no responden a ningún propósito externo a las reglas mismas del juego, pues cada uno de los movimientos que ejecutan las piezas del juego responde simplemente a reglas normativas que indican cómo debe jugarse este y no a utilidades pragmáticas que las determinen como reglas de juego.

Éstas no se encuentran al igual que las reglas gramaticales definidas por un fin, por los efectos que se supone que el juego puede tener en las personas que juegan el juego, debido a que para Wittgenstein el propósito del ajedrez no es divertir o satisfacer a quien juega, su propósito no es instrumental sino normativo, se encuentra contenido en la lógica misma de

las reglas del juego, y por tal razón estas reglas son en términos de Wittgenstein arbitrarias:

*“¿Son arbitrarias las reglas del ajedrez? Imaginémos que resultara que únicamente el ajedrez pudiera divertir y satisfacer a los hombres. Entonces las reglas no serían arbitrarias, si se cumpliera el propósito del juego.*

*“Las reglas de un juego son arbitrarias” significa: el concepto “juego” no se encuentra definido por los efectos que se supone que el juego puede tener sobre nosotros.”  
(Wittgenstein, Gramática Filosófica, 1992, pág. 377)*

En algunos pasajes de las *Investigaciones filosóficas*, Wittgenstein nos sugiere que pensemos en las palabras de nuestro lenguaje como herramientas y en su sentido como su empleo. Para Wittgenstein las palabras cumplen dentro de la lógica de nuestro lenguaje múltiples propósitos de la misma manera como cada una de las distintas herramientas los cumplen dentro de las actividades humanas en las que son usadas.

Sin embargo, el término “propósito” no se usa dentro de este contexto en un sentido instrumental, sino gramatical. Debido a que el uso de una palabra se encuentra contenido en el lugar que ocupa ésta en la gramática del lenguaje, es decir, la relación entre un concepto y su uso no es una relación pragmática en la que el uso sea concebido como algo independiente del concepto mismo, sino que por el contrario, esta relación es normativa, puramente gramatical.

Por consiguiente, el término de “propósito” apunta en este sentido no a fines prácticos, pero si a posibilidades gramaticales asociadas, como hemos visto más arriba, a diversas prácticas humanas en la que se encuentra contenido nuestro lenguaje como fenómeno natural, es decir, a reglas de uso, al uso, y las distintas actividades humanas en las que el concepto es usado. Por esta razón, señala Wittgenstein: *“Me interesa el lenguaje como fenómeno y no como medio para un fin determinado.”* (Gramática Filosófica, 1992, pág. 373)

Ahora bien, de acuerdo con Wittgenstein, este argumento instrumentalista descansa al igual que el argumento factualista en una enunciación que presupone las reglas a justificar. Es decir, es una variante del argumento de la circularidad, pero con otro tipo de proposición justificatoria, en este caso el alcanzar un fin deseado. Pues vemos que las reglas de la gramática son constitutivas de los significados de nuestras palabras o conceptos, y por lo tanto, la definición del propósito de un juego de lenguaje involucra a las reglas de ese mismo juego, por lo que toda apelación a un propósito para justificar una determinada gramática supone aquello que pretende justificar, esto es, a la regla misma. En este sentido, no es posible justificar de manera pragmática a las reglas de la gramática. Así pues, afirma Forster:

*“For example, someone might attempt to justify the use of arithmetical grammar by pointing out that it makes business more profitable; but then, if one unpacks the purpose of*

*“greater profitability” a little, on will soon find that it implicitly presupposes our arithmetical grammar.” (Forster, 2004, pág. 40)*

En el argumento anterior, propuesto por Forster, vemos que no podemos justificar el uso de la gramática de la aritmética apelando al propósito de que ésta nos permite hacer negocios más rentables o provechosos, puesto que para Forster, si comprimimos un poco el propósito de mayor rentabilidad se encontrará que éste supone implícitamente la gramática de la aritmética. Es decir, la justificación pragmática de las reglas de la aritmética apelando a que nos ayuda a realizar buenos negocios, involucra a la gramática misma de ésta, pues estas reglas son la base constitutiva de cualquier operación aritmética.

Después de haber analizado la tesis epistemológica de la autonomía de la gramática, y los argumentos factualistas e instrumentalistas a los que va dirigida esta tesis, me ocuparé ahora de la tesis semántica.

Respecto a esta tesis, según la cual la gramática no puede ser determinada por la realidad, ya se ha dicho muchas cosas. Pues ya hemos dicho que no son los hechos los que determinan y juzgan nuestros conceptos, por el contrario son estos los que juzgan la realidad, determinan nuestro modo de representación, nuestra concepción del mundo. Sin embargo, trataré de abordar de una manera muy breve esta tesis desde otros puntos de vista que hasta ahora no he tratado, apoyándome en el texto *“La autonomía del uso en las investigaciones filosóficas”* de Robert Arrington.

El primero de ellos tiene que ver con el rechazo de Wittgenstein de las definiciones ostensivas como explicación necesaria del significado de la gramática de nuestros conceptos. En la medida que la definición ostensiva implica un rechazo de la autonomía del lenguaje.

Pues de acuerdo con esta concepción del lenguaje, el significado de las palabras depende de ciertos objetos correlacionados ostensivamente con éstas, es más, dicho significado se deriva de tales objetos. De este modo, nuestro lenguaje lejos de ser autónomo, dependería enteramente de la naturaleza del mundo, el cual es de acuerdo con Arrington (Arrington, 2003, pág. 167) independiente del lenguaje para efectos del significado de sus términos.

Así pues, la gramática de nuestros conceptos quedaría dentro de la lógica de nuestro lenguaje determinada por algo independiente de ella, y que le impone por consiguiente, una estructura única: el mundo.

Según Arrington (Arrington, 2003, pág. 167), Wittgenstein no desconoce el hecho de que las definiciones ostensivas nos proveen de muchas de las reglas que utilizamos para determinar usos correctos de nuestro lenguaje, a lo que se opone rotundamente es la comprensión de esta definición del lenguaje como un medio a través del cual nuestros conceptos o palabras adquieren un sentido, como si este fuera algo conferido por algo externo a la gramática del lenguaje mismo. Es precisamente en esta crítica a

la definición ostensiva que se pone de manifiesto en términos de Arrington la autonomía del lenguaje:

*“Su “crítica” de la definición ostensiva mostrará que, también en este caso, el lenguaje es autónomo. De nuevo, será el “uso” lo que debemos presuponer; el uso no puede derivarse de una definición ostensiva como tradicionalmente se le entiende.” (Arrington, 2003, pág. 167)*

Para Arrington, podemos encontrar otros argumentos en el que Wittgenstein intenta establecer la importancia crucial del uso y mostrar que otros fundamentos del lenguaje independientes de él, no funcionan. Pero en este caso, solo me ocuparé de uno de estos argumentos. Este argumento, es la discusión wittgensteiniana de la tesis según la cual los nombres deben designar objetos simples, y que podemos encontrar en las investigaciones filosóficas a partir del aforismo 39.

Según Arrington (Arrington, 2003, pág. 171), de acuerdo con esta tesis, los objetos compuestos o complejos pueden ser analizados y desaparecer en el análisis, y si los nombres se refirieran a estos complejos y tales complejos dieran significado a los nombres, entonces la destrucción de un objeto complejo tendría como consecuencia dejar sin significado alguno, al nombre. Por lo cual no podríamos, de acuerdo con esta tesis, usar de manera significativa el nombre para decir que el objeto complejo ya no existe, en la medida que al ser destruido el complejo el nombre que designa a éste no tendría ya ningún sentido.

Arrington afirma (Arrington, 2003, págs. 171-172), que Wittgenstein responde a este argumento señalando que nosotros no usamos la expresión lingüística “significado de un nombre” de la misma manera que usamos la expresión “portador de un nombre”, no decimos que el significado de un nombre o un término murió lingüísticamente cuando muere su portador. Wittgenstein señala además diferentes formas en las que un nombre puede continuar teniendo un uso y significado dentro de la lógica del lenguaje, aun cuando su portador ha dejado de existir.

Una de estas formas, señala Arrington (Arrington, 2003, pág. 172) teniendo en cuenta los planteamientos de Wittgenstein, es que una palabra como ‘losa’ puede seguir teniendo un uso aun si se agotaran todas las losas de los albañiles, pues esta podría usarse por ejemplo, como una broma. De este modo, una palabra o un nombre solo dejaría de tener un significado en el lenguaje sólo cuando por alguna razón no pudiera ser usado de ninguna manera, en este sentido lo que le da significado a una palabra no es un objeto independiente de ella, sino la gramática, su uso.

Ahora bien, de acuerdo con esta tesis tradicional, los nombres deberían designar objetos simples y no complejos, para no dejar desprovistos de significado a los nombres de los que son portadores. Sin embargo, frente a esta tesis Wittgenstein argumenta (Investigaciones filosóficas, 1988. Aforismo 47) que lo que significa ‘simple’ y ‘complejo’ es relativo a los juegos de lenguaje en los que se emplean estos términos, y que aquello que es simple en un determinado juego de lenguaje, puede ser

complejo en otro. Es decir, el que algo sea simple o complejo depende de la gramática del lenguaje, del modo como nosotros usamos el término. De esta manera sostiene Arrington: *“No existe la simplicidad absoluta como apuntalamiento metafísico del lenguaje.”* (Arrington, 2003, pág. 172)

En esta crítica de Wittgenstein a esta tesis tradicional de que los nombres deben designar objetos simples, se pone de manifiesto la autonomía del lenguaje, pues no son los objetos simples los que condicionan o configuran a la gramática de nuestras palabras, sino que es la gramática de estas la que condiciona significativamente a tales objetos dándoles un uso en el lenguaje:

*“No podemos apelar a los simples que se encuentran en la realidad, para que nos den los significados de los nombres que usamos, pues el que algo sea simple depende de la manera como se usan estos nombres. El uso es autónomo.”*  
(Arrington, 2003, pág. 172)

Habiendo analizado la tesis epistemológica y semántica de la autonomía del lenguaje, y los intentos fallidos de justificar la gramática, podemos decir para finalizar, que lo que Wittgenstein intenta mostrarnos es que no hay una necesidad intrínseca en nuestra gramática y en los conceptos que tenemos. Ellos son fruto de hechos contingentes de nuestra historia natural. Pero esto no quiere decir que se reduzcan a hechos. Básicamente lo que Wittgenstein rechaza aquí es el racionalismo ingenuo de pensar que nuestros conceptos son instaurados desde fuera de nuestra vida, por algún principio racional ahistórico y a priori.



En otras palabras, la tesis de la autonomía de la gramática es también un rechazo a la idea de que algo más allá del lenguaje (ya sea ontológico, empírico o psicológico) determina el lenguaje. No hay algo extralingüístico que sustente el lenguaje y que por consiguiente, justifique el sentido de las reglas gramaticales. Pues el lenguaje y sus reglas no reposan en imágenes pre-teóricas asociadas a un uso metafísico de los sistemas de lenguaje, ni mucho menos en criterios definitorios o reglas de utilización estrictas que los delimiten, sino en actividades humanas que nos adiestran en el uso de las palabras. Es decir, no hay un trasfondo metafísico en el lenguaje, sino humano.

## **Conclusión.**

La falsa comprensión de la lógica del lenguaje nos ha inducido a plantearnos el problema ¿Qué son los conceptos? Desde una perspectiva ontológica y esencialista del lenguaje, generando con ello dentro del marco de la filosofía tradicional tensiones y problemas filosóficos.

Pues el carácter ontológico de la pregunta ha dado lugar a distintas respuestas que apuntan a los conceptos como modos de representación psicológico-cognitivos, procesos mentales o neurológicos que constituyen al pensamiento, entidades ideales independientes del sujeto cognoscente e incluso como entidades metafísicas bajo las cuales subyacen ciertas propiedades que constituyen su significado. En otras palabras, dichas respuestas a la pregunta ontológica de los conceptos, se adhieren a una mitología del simbolismo, haciendo depender el lenguaje de entidades extralingüísticas sean éstas ontológicas, empíricas o psicológicas.

Estas respuestas a la pregunta por los conceptos nos ofrecen, tal y como se ha visto, una determinada visión del lenguaje adherida a una mitología del simbolismo. Según la cual a cada palabra le es necesario un objeto, el cual constituye su significado, y en consecuencia, determina sus modos de uso, sus reglas.

Es precisamente esta falsa idea del lenguaje la que Wittgenstein rechaza por completo. Pues para éste lo que subyace en el fondo de las

palabras no son propiedades extralingüísticas (ontológicas, empíricas o psicológicas), sino reglas gramaticales que rigen lingüísticamente la forma o el modo como hacemos uso de nuestras palabras, y que no se encuentran determinadas por tales propiedades y que por consiguiente, al no depender de algo que esté más allá del lenguaje, las hace autónomas y arbitrarias.

De esta manera, la comprensión de las proposiciones o conceptos que acompañan al lenguaje, se encuentra en estrecha relación al saber manipular signos en relación a reglas de regulación lingüística, a un dominio semántico del concepto y no a propiedades que están más allá del lenguaje. Así, según Wittgenstein el lugar de una palabra en la gramática del lenguaje es su significado, pues la gramática explica el uso de las palabras en los juegos de lenguaje.

Al asociar el uso y la comprensión del lenguaje a la lógica de la gramática, Wittgenstein pretende poner de relieve la idea del lenguaje como una actividad humana entre otras, pues el énfasis del uso se encuentra bajo esta nueva visión del lenguaje entrelazado a un conjunto de actividades naturales humanas insertas en una forma de vida. Pues son estas actividades las que nos adiestran en el uso de una palabra, sustentan la acción del lenguaje humano.

Así por ejemplo, palabras como hablar, saludar, comprar, jugar, entre otras, sólo tienen un sentido gramatical dentro del contexto de una actividad, de una práctica social. Pues si no hubiera alguien a quien saludar, con quien

hablar, con quien jugar, si no hay un conjunto de actividades que respondan a tales prácticas lingüísticas y en las que se ponga de manifiesto el uso del lenguaje, el lenguaje en si mismo carecería de significado, ya que no habría algo que lo sustentara.

Al entretelar el lenguaje con actividades y prácticas humanas, Wittgenstein introduce la noción de juegos de lenguaje. Noción con la cual, pretende rechazar la concepción tradicional del lenguaje como una unidad que puede ser definida, como algo con límites determinados y con características esenciales, para mostrarnos una idea del lenguaje como una multiplicidad de reglas y de usos. Usos que varían de acuerdo a la actividad en la que tienen lugar.

En otras palabras, ya no se habla aquí de un sólo uso, sino de una diversidad de usos y de funciones tan innumerables y variables como lo son las distintas prácticas humanas con las que se encuentran entreteladas.

Así pues, se elimina por completo la tentación de delimitar los conceptos del lenguaje según reglas de utilización definidas. Es decir, de clasificar a los juegos de lenguaje en criterios fijos y generales. Pues con esta nueva concepción del lenguaje humano como un juego asociado a prácticas humanas, Wittgenstein nos muestra que en todas aquellas actividades que describimos bajo un concepto, pongamos por caso el concepto de juego, no hay ningún tipo de entidad esencial y universal bajo la

cual llamamos a todas esas actividades juegos, lo que hay son parentesco que se superponen y entrecruzan entre sí.

Lo que hay es un parecido de familia que nos permite llamarlos a todos ellos juegos. Lo que hay en el fondo de todas esas actividades es un trasfondo humano inserto en una forma de vida, un conjunto de situaciones, comportamientos y conductas, que nos hablan de usos, modos de usos y nuevos usos, que pueden ir surgiendo en la medida que vayan surgiendo nuevas prácticas.

## Bibliografía

- Arrington, R. (2003). La autonomía del uso en las Investigaciones Filosóficas. En M. H. Alfonso Flórez, *Del espejo a las herramientas. Ensayos sobre el pensamiento de Ludwig Wittgenstein* (págs. 157-181). Bogotá: Siglo del Hombre.
- Dummett, M. (1981). Frege y Wittgenstein. (ed). *Perspectives on the philosophy of Wittgenstein*, B. Blackwell, Oxford, 31-42.
- Ferreyro, E. (1 de Marzo de 2010). *La autonomía del lenguaje en Wittgenstein*. Obtenido de accionfilosofica: [www.accionfilosofica.com/misc/1301590077art.pdf](http://www.accionfilosofica.com/misc/1301590077art.pdf)
- Flórez, A. (2001). Juegos de lenguaje y significado. En C. C. Juan José Botero, *El pensamiento de Ludwig Wittgenstein* (págs. 111-126). Bogotá: UNIBIBLOS.
- Forster, M. (2004). *Wittgenstein on the arbitrariness of grammar*. Nueva Jersey: Princeton: Princeton University Press.
- Frege, G. (1973). *Estudios sobre semántica*. Barcelona: Ariel.
- Frege, G. (1974). *Escritos lógico-semánticos*. Madrid: TECNOS, S.A.
- Frege, G. (1996). *El pensamiento: Una investigación lógica*. Ciudad de México: colección filosofía contemporánea.
- Tomassini, A. (2005). *Lenguaje y anti metafísica* . Ciudad de México: México: Plaza y Valdés.
- Wittgenstein, L. (1973). *Tractatus lógico-philosophicus*. Madrid: Alianza Editorial.
- Wittgenstein, L. (1978). *Observaciones sobre los fundamentos de la matemática*. Madrid: Alianza.
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Grupo editorial Grijalbo.
- Wittgenstein, L. (1992). *Gramática Filosófica*. Ciudad de México: México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Wittgenstein, L. (1992). *Lecciones y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Wittgenstein, L. (1993). *Los cuadernos azul y marrón*. Madrid: Tecnos, S.A.
- Wittgenstein, L. (1997). *Zettel*. Ciudad de México: México: UNAM.